

Capítulo 10-Los ídolos de la enfermedad.

Introducción

El Capítulo 10 es el más corto del texto, así como el único capítulo que presenta el tema de la separación de la manera única en que lo hace.

Ya

debería ser obvio que mientras cada uno de los capítulos en efecto dice lo

mismo, los temas comunes del Curso se presentan con muchas variaciones.

Es interesante ver la manera diferente en que Jesús desarrolla estos temas y

variaciones, integrándolos en el glorioso todo que es su texto sinfónico.

En "Los ídolos de la enfermedad" encontramos una variación de los dos primeros mandamientos bíblicos, en los que Dios le dice a Moisés:

Yo soy el Señor tu Dios ... No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen [ídolos], ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás: porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso (Éxodo 20: 3-5).

En Un Curso de Milagros, la idea de no tener dioses falsos delante de nuestra Fuente se refiere al loco intento de hacer un ídolo del ego, adorando

su sistema de pensamiento de separación. Delante de este ser especial, que

es nuestra identidad, nos postramos y construimos santuarios para honrar su

existencia. Noso-tros celebramos su nacimiento y lloramos su muerte, dedicando servilmente nuestras vidas a su bienestar.

Un pasaje del Capítulo 4, que no citamos en ese momento, se refiere a este

Primer Mandamiento: "No debes anteponer otros dioses a Él porque no hay

otros dioses" (T-4.III.6:6). Este es el principio de la Expiación, que la separación de Dios nunca sucedió. Es imposible tener dioses falsos porque

una parte de Dios no puede separarse de Sí Mismo. La totalidad perfecta no

puede ser otra cosa que perfecta integridad; el amor perfecto solo puede ser

él mismo – Dios es y nada más es. Hemos repetidamente visto este principio no-dualista del Cielo; y la idea de que puede haber un ser independiente de Dios es parte de un sistema dualista que debe ser ilusorio, siendo lo opuesto a la Unidad del Cielo.

Podemos reconocer en esta sutil crítica de los mandamientos, uno de los importantes aspectos Gnósticos de Un Curso de Milagros. El Gnosticismo fue un movimiento filosófico-religioso cuya forma Cristiana floreció en los siglos primero y segundo. Se extinguió gradualmente, en gran parte debido a los ataques de la Iglesia que, luchando por preservar su identidad como la institución Cristiana, lanzó ataques mordaces hacia los grupos que consideraban una amenaza, acusándolos de enseñar herejía. Para los Gnósticos, la deidad bíblica era una impostora (el ego del Curso), e hicieron la pregunta obvia: ¿Cómo podría el Dios verdadero y perfecto tener algo que ver con este mundo tan imperfecto? Jesús, por supuesto, hace eco de sus sentimientos aquí.

Según el ego, esta traición Gnóstica a los falsos dioses es un ataque contra nuestro Creador, etiquetado como pecado, y así la deidad del Antiguo Testamento, la fuente de estos mandamientos, lo toma como tal. Él dice que Él es un Dios celoso (Éxodo 20:5) y dice, en efecto: “¡Ay de ustedes que construyen ídolos y los adoran!”. Sin embargo, la verdad es que esto no es un ataque a Dios en absoluto, sino solo a nosotros mismos, ya que pagamos el precio por la culpa de creer que podemos colocar pecaminosamente a otros dioses, los ídolos del especialismo, ante nuestra Fuente. Estos son los

dioses a los que adoramos, a los que les construimos altares y a los que en realidad creemos que les servimos. Por lo tanto, no es Dios Quien sufre, sino nosotros.

Otro aspecto importante de los ídolos que veremos aquí y en los capítulos siguientes es que son adorados tanto desde adentro (la mente) como desde afuera (el cuerpo). El ídolo original es el ego que nosotros hemos hecho real, con el cual nos identificamos, y cuyo sistema de pensamiento está estampado en nuestras mentes. Nos dice que la separación de Dios es verdadera y constituye un ataque por el cual Él nos castigará. Debido a nuestro miedo a la venganza de Dios, la mente proyecta su culpa y crea el mundo, adorando a los ídolos que parecen estar fuera de nosotros. Todo esto no son más que proyecciones del ídolo original, el ego, el cual nosotros decidimos que era nuestro amigo y nuestro yo. En los próximos capítulos veremos que estos ídolos son las proyecciones conocidas como relaciones especiales: aquellos cuerpos que creemos que amamos (compañeros de amor especial) y aquellos a quienes odiamos (compañeros de odio especial).

Sobre estos últimos, el gran ídolo adorado es el cuerpo, las personas que hemos juzgado abiertamente como pecaminosas para que nuestro pecado pueda ser percibido mágica-mente en ellas, controlando así nosotros mismos la ira vengativa de Dios. Dedicaremos una discusión considerable a este tema porque es el fundamento del capítulo actual y un elemento clave en la presentación de Jesús del sistema de pensamiento del ego. Comprender estas proyecciones es el requisito previo para ir más allá de su

naturaleza ilusoria hacia la verdad.

La separación y la Enfermedad

Un punto clave en este capítulo es la equiparación de la separación y la

enfermedad. La construcción de falsos ídolos, por parte de la mente que los

adora, es la enfermedad, por eso el capítulo se titula "Los ídolos de la enfermedad". Está claro aquí, como a lo largo del Curso, que la enfermedad

no está en el cuerpo. Más bien, es la creencia que hay dioses que podemos

colocar ante el Dios verdadero como sustitutos de Él. El cuerpo, entonces,

es la expresión directa de la adoración de los ídolos del ego, y toma su forma alrededor de la culpa de la mente. Esta adoración llena de culpa al

dios de la separación y el especialismo a menudo toma la forma de síntomas

físicos que etiquetamos como enfermedad. Es importante, a medida que

trabajamos con Un Curso de Milagros, comprender nuevamente, que la enfermedad no tiene nada que ver con el cuerpo, el cual es simplemente una

marioneta que toma la dirección impuesta por su amo, el sistema de pensamiento de la mente de culpa y miedo.

(III.1: 1-8) No has atacado a Dios, y ciertamente lo amas. ¿Puedes acaso

cambiar tu realidad? Nadie puede disponer su propia destrucción.

Cuando piensas que te estás atacando a ti mismo, eso es señal evidente

de que odias lo que crees ser. Y eso, y sólo eso, es lo único que puedes atacar. Lo que crees ser puede ser muy odioso, y lo que esta extraña imagen te lleva a hacer puede ser muy destructivo. Mas la destrucción no es más real que la imagen, si bien los que inventan ídolos ciertamente los veneran. Los ídolos no son nada, pero sus adoradores son los

Hijos enfermos de Dios.

El pensamiento original de los ídolos, de tomar a otros dioses como sustitutos del Dios verdadero, es el ataque. Esta es la enfermedad, y de ella

surge la imagen de un cuerpo enfermo y moribundo que constituye nuestro yo físico y psicológico. Como el pensamiento original de separación del ego se interpreta como destructivo, y ya que las ideas no abandonan su fuente, el cuerpo solo puede manifestar la destrucción. Estos "ídolos de la enfermedad" percibidos, pero no conocidos, se ven en las guerras que libramos contra otros países, grupos y personas específicas, así como en los pensamientos destructivos que buscamos mantener para nosotros mismos.

De hecho, nuestro ser en un cuerpo es en sí mismo un pensamiento destructivo porque ataca nuestra realidad como espíritu. Todo el tiempo, detrás de este odio está el pensamiento de mentalidad-correcta de Expiación, recordándonos que el ataque es un sueño vano que no tiene ningún efecto en nuestro verdadero Ser y en Su Creador. La percepción sigue siendo el reino de las mentiras; el conocimiento, el reino del espíritu, el único que es verdad.

(III.3: 1) Creer que un Hijo de Dios puede estar enfermo es creer que parte de Dios puede sufrir.

Creemos que somos esa parte sufriente de Dios. El pensamiento de que podemos separarnos del Todo es la locura que el ego nos dice que es la verdad, una realidad que exige nuestro dolor y muerte como castigo por nuestro pecado. Esto no tiene sentido para la mente racional o cuerda, sino para la naturaleza irracional de las defensas del ego. La culpa y el ataque hacen que la razón del Espíritu Santo sea inaccesible para nosotros.

(III.3: 2-3; 4: 1-3) El amor no puede sufrir porque no puede atacar. Recordar el amor, por lo tanto, trae consigo invulnerabilidad. ... Creer que un Hijo de Dios está enfermo es adorar al mismo ídolo que él adora. Dios creó el amor, no la idolatría. Todas las formas de idolatría son caricaturas de la creación, y las enseñan mentes que están demasiado divididas como para saber que la creación comparte el poder y nunca lo usurpa.

Recordemos que Jesús se refiere a este ídolo como una "parodia" del Ser que Dios creó (T-24.VII.10:9; 1:11). Aquí se refiere a este como una caricatura. Creer que Dios tiene algo que ver con el armazón vulnerable que llamamos cuerpo, o con el ser imperfecto que aprecia, adora y se entrega a los pensamientos de odio y avaricia, tiene que ser una locura. Increíblemente, este es el ídolo especial que apreciamos y adoramos, el "héroe" del sueño del ego (T-27.VIII) es la pieza central de su plan para anteponer otros dioses al Dios verdadero. Todo esto es mera fantasía, porque "... la creación comparte el poder y nunca lo usurpa". En otras palabras, es inconcebible que una parte de Dios pueda robar el poder de la Unidad y Amor perfectos, lo que significa que eso no ha sucedido. Cuando compartimos los sueños enfermos de especialismo de otros, afirmamos que lo imposible sucedió de hecho; el Hijo de Dios no es el Ser invulnerable que Él creó, sino una caricatura culpable. (III.4: 4) La enfermedad es idolatría porque es la creencia de que se te puede desposeer de tu poder. Vemos nuevamente que la enfermedad no tiene nada que ver con el cuerpo. Creer que estamos físicamente enfermos es una forma de idolatría, porque la enfermedad afirma que hay un poder fuera de nosotros que puede quitarnos la salud. No se puede decir con demasiada frecuencia que la enfermedad nunca es la expresión física de la dolencia, sus síntomas, sino solo la loca creencia de que hay algo fuera de nosotros. Jesús dirige nuestra atención hacia el pensamiento distorsionado de la mente, no a las experiencias distorsionadas del cuerpo que son meras proyecciones de la creencia de la mente idólatra en el dios del especialismo, una deidad enferma y perversa como ahora leemos: (III.4: 5-7) Esto, no obstante, es imposible porque formas parte de Dios, que es todo poder. Un dios enfermo no puede por menos que ser un

ídolo, hecho a imagen y semejanza de lo que su hacedor cree ser. Y esto es exactamente lo que el ego percibe en un Hijo de Dios: un dios enfermo, auto-creado, auto-suficiente, sumamente perverso y extremadamente vulnerable.

Para que nadie piense que este es un mundo maravilloso, miremos estos pasajes y otros similares. Al contrario, Jesús nos dice que este es un mundo cruel y perverso en el que creemos que somos vulnerables a fuerzas hostiles e irracionales fuera de nuestro control. Esto significa que creemos que somos capaces de ser atacados y que estamos justificados en la construcción de defensas, personal y nacionalmente, para protegernos. Esta forma de pensar es la enfermedad, al desmentir el principio de Expiación que nos dice que una parte de Dios no puede abandonar su Fuente, ya que descansamos para siempre seguros en Sus Brazos Eternos.

(III.4: 8-10) ¿Es éste el ídolo que quieres adorar? ¿Es ésta la imagen para salvar la cual te mantienes alerta? ¿Tienes realmente miedo de perder esto?

El universo surgió y está sostenido por el pensamiento de que este yo idolatrado necesita protección, porque estamos aterrorizados de perderlo. El permitirnos a nosotros mismos regresar a la Presencia de Dios en nuestra mente, simbolizada por Jesús, significa que perderíamos este ser. Y entonces él nos pregunta si esta es realmente la imagen que queremos preservar. ¡Qué tonto proteger a un ídolo que no es nada! A medida que avanzamos en nuestro día, nosotros no deberíamos sentirnos culpables al ver cuánto tratamos de mantener nuestro yo especial vivo y en buen estado.

Cuando nosotros leemos pasajes como los anteriores y escuchamos repetidamente estos temas sinfónicos, necesitamos traer sus mensajes a

nuestra experiencia personal, observando cómo nuestro miedo a la pérdida nos hace defender esta falsa imagen a través de las proyecciones de culpa – enfermedad y ataque.

Pasamos ahora a algunas referencias directas al Primer Mandamiento: (III.8: 2-3) Podrías aceptar paz ahora mismo por todo el mundo, y así liberarlos completamente de sus ilusiones, pues has oído Su Voz. Pero no antepongas otros dioses a Él, o no podrás oír.

El ego teme que la Voz del Espíritu Santo nos llame a estar en paz con todos, en lugar de estar en el conflicto perpetuo que es nuestra salvación, como el ego nos haría creer. El problema no es que el Espíritu Santo no está hablando o que el amor de Jesús no nos llama, sino que hemos erigido otros dioses para no escucharlos. Los estridentes gritos de separación del ego siempre buscan ahogar la pequeña y tranquila Voz de la mente que habla de la Expiación a todos los Hijos de Dios. Una vez más, la enfermedad no se encuentra en el cuerpo, sino en el enfermo dios del especialismo de la mente, el ídolo de nuestras mentes específicamente hecho para no escuchar la Llamada de la Expiación para estar en paz.

(III.8: 4) Dios no tiene celos de los dioses que inventaste, pero tú sí. Aquí vemos la refutación Gnóstica del Segundo Mandamiento bíblico de Dios. ¿Cómo podría el verdadero Dios ser celoso o preocuparse por ídolos que nunca existieron? Solo el dios enfermo de nuestra imaginación sentiría tales cosas. Todo lo que nuestro Creador conoce es la Unicidad sin mancha y sin separación de Su Amor.

(III.8: 5-6) Tú quisieras conservarlos y servirles porque crees que ellos te hicieron a ti. Crees que ellos son tu padre porque estás proyectando sobre ellos el pavoroso hecho de que los inventaste para reemplazar a Dios.

Creemos que somos niños del ego, y el Capítulo 11 revisará la idea de que creemos que somos nuestro propio padre. Inventamos el ego, pero creemos que él nos creó. Entonces nacemos en cuerpos, olvidando que esto tuvo lugar en la mente y creyendo que estamos hechos por otros ídolos, los falsos dioses del cuerpo. El tema más importante de este capítulo es que nuestro temor no es al ego o a sus ídolos especiales, sino al hecho de que nosotros creemos que inventamos el ego para reemplazar a Dios, y que la culpa por este pecado tan grave exige castigo. El problema es siempre y únicamente el poder de la mente tomadora de decisiones que eligió incorrectamente, no es lo que eligió. La nada nunca puede ser temerosa, al ser nada, pero la creencia de que lo que hicimos es real causa nuestro miedo.

(III.8: 7) Mas cuando parezcan hablarte recuerda que nada puede reemplazar a Dios, y que todos los substitutos con los que lo has intentado suplantar no son nada.

Dado que el ego está aterrorizado de que escuchemos la Voz de la Expiación que nos dice que él es nada, siempre alguna cosa en el mundo dualista de especialismo nos llama la atención – como las relaciones que pueden lograr el placer y minimizar el dolor – por lo tanto, debemos recordar que estas son meras expresiones del dios de la enfermedad. Nosotros hicimos este ídolo, y seguimos creyendo en él porque tememos al verdadero Llamado, en cuya Presencia, nuestro yo especial desaparecería.

Codiciando y adorando a este yo más que nada, elegimos vidas de dolor en lugar de experimentar el amor más allá del especialismo: mientras suframos, existimos. Si bien persistimos en la ilusión de que mañana estaremos libres de sufrimiento, en secreto lo llamamos, porque el dolor no

solo refuerza nuestra identidad separada, sino que nos permite echarle la

culpa a otro. De esta manera nosotros mantenemos el ser que creemos que

le robamos a Dios, y alguien u otra cosa es responsable y castigado: la solución perfecta del ego al problema de nuestra culpa.

(III.9: 1-2) Dicho llanamente, pues, puede que creas que tienes miedo de la nada, pero en realidad tienes miedo de lo que no es nada. Y al darte cuenta de esto sanas.

El ego nos dice que, si elegimos escuchar al Espíritu Santo y corregir nuestro error de haberlo elegido, vamos a desaparecer en el olvido.

Esto es,

por supuesto, cierto. Mientras nos veamos como egos, el ego desaparecerá,

lo que significa que nuestro miedo es a nada ya que el ego es inexistente.

Observa nuevamente el juego de palabras en nada: no tenemos miedo de la

nada porque nada (el ego) está ahí. La curación de la enfermedad, en consecuencia, viene con la comprensión de que no hemos antepuesto otros

dioses a Dios porque no hay ningún otro. Y no puede haber ninguno, porque la separación no es más que un sueño tonto sin efecto sobre la realidad.

(III.9: 3-4) Oirás al Dios al que prestes atención. Inventaste al dios de la enfermedad, y al inventarlo te capacitaste para oírle.

Nos capacitamos para oír a este dios porque nos habló del deseo de nuestro

corazón: separación y especialismo. Esto es lo que nuestro yo individual

quería escuchar, lo que resultó en la elección de escuchar la voz del ego,

seguida de la fabricación de un cuerpo que solo escucha los sonidos de separación de la mente proyectados hacia fuera. ¿Cómo, entonces, podemos

escuchar el Llamado del Espíritu Santo, la Voz de la Expiación que nos dice

que nada pasó?

(III.10: 3) Anteponer otros dioses a Él es anteponer otras imágenes a ti mismo.

Esto no tiene nada que ver con Dios, sino que tiene todo que ver con la experiencia de nuestro ser. Nos olvidamos de nuestra Identidad como Cristo, el Ser glorioso que Dios creó, y en cambio creemos que somos el

insignificante y miserable ser que el ego dice que es divino. A continuación,

procedemos a construir un mundo y un cuerpo para proteger esta deslucida

auto-imagen, junto con otros cuerpos. Estos nos proporcionan seguridad y

protección, pero en última instancia sirven como objetos para proyectar

nuestro odio.

(III.10: 4) No te das cuenta de cuánto caso le haces a tus dioses y de cuán alerta te mantienes en su favor.

Esta es la amable manifestación de Jesús, uno de los muchos lugares del

Curso donde nos habla así: "Puedes pensar que no escuchas al ego, pero lo

haces. Incluso tu estudio de este curso es adorar dioses falsos, porque crees

que te hará una persona más feliz, lo que lleva a que uses mis enseñanzas

como una forma de honrar a tu ser individual. Si realmente me sigues, sin

embargo, este antiguo y odiado ser se volverá un perdonador hasta que se

desvanezca pacíficamente en el glorioso Ser de Dios. Un Curso de Milagros

es un trampolín, un medio para lograr el fin del despertar, no un medio para

ayudarte a vivir más felizmente dentro del sueño de separación del ego".

(III.10: 5) No obstante, ellos existen únicamente porque tú los honras. Este es nuestro tema ya familiar, el poder de la mente para creer en

las ilusiones. La razón por la que nuestra necesidad de especialismo parece

muy urgente, el mundo parece muy real, sin mencionar el propio sistema de

pensamiento del ego, es que nuestras mentes tomadoras de decisiones creen en ellos. Los dioses del ego no pueden ser reales por sí mismos, pero los hacemos reales con el poder de nuestra creencia.

(III.10: 6-7) Honra sólo lo que es digno de ser honrado y tendrás paz. La paz es el legado de tu verdadero Padre. Honremos y coloquemos la fe en la mente correcta, nos dice Jesús - en el Espíritu Santo, no en el ego. La paz es nuestra herencia porque la separación nunca sucedió. En la mente correcta está el recuerdo de Quienes somos tal como Dios nos creó, nuestra verdadera herencia como Cristo, el único Hijo de Dios.

(III.10: 8-9) Tú no puedes engendrar a tu Padre, y el falso padre que inventaste no te creó a ti. Las ilusiones no son dignas de ser honradas porque al honrarlas no estás honrando nada. Todos tenemos problemas con este curso. Nuestros egos no quieren escuchar que el universo físico, incluido el yo que piensa que es un estudiante devoto de Un Curso de Milagros, no es nada. Nos esforzamos poderosamente por creer que el honrado ego es real, que Dios no lo es, y que nuestra existencia es un hecho. Podemos superar nuestra resistencia a los hechos verdaderos que Jesús presenta, solo a través de la aplicación de estos principios metafísicos a nuestra experiencia personal, viendo cómo nuestra vida, incluida la vida con Un Curso de Milagros, refleja la adoración de los ídolos falsos y de los dioses de la enfermedad. Tal conciencia permite en última instancia, elegir en contra de ellos y por el perdón del Espíritu Santo, dando honor legítimo a la creación de Dios.

(III.10: 10) No obstante, tampoco deben temerse, pues lo que no es nada no puede ser temible. Jesús nos pide que no le tengamos miedo al ego, aunque nos dice que mirarlo es la cosa más temible de todas: como nuestras mentes son el hogar

del pecado y la culpa, esto significa que seremos destruidos si alguna vez entramos en contacto con este pecado y culpa. El objetivo del Curso es enseñarnos a no tener miedo de mirar hacia adentro, ni a mirar las proyecciones externas del infierno que fabricamos dentro. Este tema de mirar la nada del ego con Jesús, aparece brevemente aquí, y se enuncia más completamente en el próximo capítulo. Esto continuará desarrollándose como uno de los temas principales de nuestra sinfonía. (III.10: 11) Has elegido tener miedo del amor por razón de su perfecta mansedumbre, y debido a ese miedo has estado dispuesto a renunciar a la perfecta capacidad que tienes para ser útil y a la perfecta Ayuda de que dispones . Tememos el amor porque sabemos que Dios no ha sido dañado y, por lo tanto, que no podría dañarnos. Este pensamiento subyace en la línea más sofisticada que viene en el Capítulo 24: “Perdona a tu Padre el que no fuese Su Voluntad que tú fueses crucificado” (T-24.III.8:13). Lo que odiamos de Dios y de Jesús es que Ellos solo son útiles, no hacen daño – una yuxtaposición de unas de las palabras favoritas del Curso. Queremos adorar a un Dios y a un salvador Que creen en el daño, porque esto corrobora el sistema de pensamiento de pecado y castigo del ego. Es por eso que el Dios bíblico ha sido tan increíblemente popular. El mundo lo ha adorado a Él porque puede ser dañado y puede dañar a cambio. Sin embargo, estamos aterrorizados ante un Dios Que no conoce el daño, la Fuente de nuestro propio ser como Su Hijo. Reconocer la verdadera ayuda de Dios significa el fin de los ídolos totalmente dañinos que hicimos de Él, de nosotros mismos

y del mundo.

(III.11: 1-2) Únicamente en el altar de Dios podrás encontrar paz. Y este altar está en ti porque Dios lo puso allí.

No podemos encontrar paz adorando al dios de la nocividad, la enfermedad

y el ataque, o haciendo la guerra. Pero el mundo ha cerrado sus oídos a esta

simple verdad. De hecho, cada guerra a lo largo de la historia ha sido peleada según el principio de que la paz se puede lograr siendo victorioso

en la batalla. Esto niega el hecho que únicamente en el altar de Dios, el

hogar de la mente de perfecta inofensividad y ayuda, puede encontrarse la verdadera paz.

(III.11: 3) Su Voz todavía te llama a retornar, y le oirás cuando dejes de anteponer otros dioses a Él.

Vuelve el tema de deshacer el ego, y podemos ver a nuestro compositor

construyendo este movimiento en su sinfonía alrededor de éste. La única

forma en que escucharemos la Voz del Espíritu Santo es rechazando el ego.

Sin embargo, como creemos que somos el ego, tal rechazo significa rechazarnos nos a nosotros mismos. Por eso Jesús nos dice que "son muy

pocos los que pueden oír la Voz de Dios" (M-12.3:3); porque no queremos

sacrificar nuestra identidad. Desafortunadamente, muchos piensan, ignorando a sus egos, que están en ese grupo selecto. La negación es una

muy poderosa defensa del ego, y parece garantizar efectivamente que el

ego se conserve y que la Voz de Dios permanezca por siempre enterrada.

(III.11: 4) Puedes renunciar al dios de la enfermedad por tus hermanos; de hecho, eso es lo que tendrás que hacer si renuncias a él tú mismo.

Volveremos a este tema a continuación, así como en los capítulos por venir.

Renunciamos al ego, a la creencia en la separación y al dios de la enfermedad, al ver nuestros intereses como no-separados de los de nuestros

hermanos. Ya que el Hijo de Dios es uno y las ideas no abandonan su fuente, la percepción de los Hijos separados no puede soportar la visión de

Cristo que reconoce la igualdad universal dentro de la Filiación aparentemente fragmentada.

(III.11: 5-6) Pues si ves al dios de la enfermedad en alguna parte, lo has

aceptado. Y si lo has aceptado, te postrarás ante él y lo adorarás porque fue concebido para reemplazar a Dios.

El dios de la enfermedad no es solo la manifestación de la enfermedad, sino

de cualquier aspecto de la separación. Nos postramos ante él porque nosotros somos los ídolos de la enfermedad, y lo adoramos diariamente en

los santuarios corporales de especialismo. Tenemos fe en el dios enfermo

porque olvidamos que es nuestro dios, olvidando que nosotros lo fabricamos para reemplazar a Aquel Que nos creó. Es este "sueño del olvido" (T-16.VII.12:4) el que permite que el ego permanezca firmemente

instalado en nuestras mentes como la realidad, y como la proyección da

lugar a la percepción, vemos su cara enferma y llena de culpa en cualquier

lugar y en todas partes.

(III.11: 7) Él es la creencia de que puedes elegir que dios es real.

La ilusión del sueño es que tenemos opciones aquí. Es solo porque creemos

que las tenemos, y al nosotros elegir el ego, que Jesús nos ofrece otra ilusión: la elección del Espíritu Santo. La elección de la mentalidad-correcta

es ilusoria ya que en el mundo no-dualista del Cielo no hay nada para elegir.

La Unidad no es una decisión sino la única realidad.

(III.11: 8) Si bien está claro que esto no tiene nada que ver con la

realidad, está igualmente claro que tiene mucho que ver con la realidad tal como tú la percibes.

Esta es otra declaración del principio de Expiación: somos libres de creer lo que elijamos dentro del sueño, pero lo que elegimos creer no es real. La creencia en la elección establece a la dualidad como verdad, la cual relega la realidad de la perfecta Unidad de Dios a la fantasía. Así nuestra inversión en la elección del ego, significa que nuestro ser tomador de decisiones – el ser de la separación – está vivo y en buen estado, y es muy real.

(IV.1: 1-3) Toda magia es un intento de reconciliar lo irreconciliable. Toda religión es el reconoci-miento de que lo irreconciliable no puede ser reconciliado. La enfermedad y la perfección son irreconciliables. Por "reconciliar lo irreconciliable" Jesús quiere decir mente (o espíritu) y cuerpo. Él habla aquí sobre la verdadera religión, que reconoce la naturaleza ilusoria del cuerpo con el cual Dios no tiene nada que ver. Esto es lo que quiere decir Jesús en el folleto de Psicoterapia cuando responde a su propia pregunta sobre el papel de la religión en la psicoterapia, diciendo:

"La religión formal no ocupa ningún lugar en la psicoterapia, así como tampoco ocupa un lugar verdadero en la religión (P-2.II.2:1)". De ahí la distinción entre religión (o espiritualidad) y religión formal. Al definirse en términos de rituales, estructuras y formas, esta última ignora el contenido de amor, o como Jesús explicará, exalta la forma a expensas del contenido (T16.V.12:2). Como resultado, el cuerpo y el espíritu son irreconciliables: el espíritu es perfecto, mientras que los cuerpos están enfermos y son imperfectos porque provienen de pensamientos enfermos e imperfectos (pecado, culpa y miedo) que no tienen base en la realidad.

(IV.1: 4-5) Si Dios te creó perfecto, eres perfecto. Si crees que puedes

estar enfermo, has ante-puesto otros dioses a Él.
Aquí nuevamente hay una referencia al Primer Mandamiento, que dice, en efecto, que es posible para nosotros inventar a los ídolos. Dentro de la ilusión ya los hemos inventado, siendo un pecado que Dios ciertamente castigará. La respuesta de Jesús a este Mandamiento es que es imposible inventar ídolos, por lo que no hay razón para temer a Dios o a Su castigo imaginado. La perfección permanece para siempre perfecta y más allá de las ilusiones.

(IV.1: 6) Dios no está en guerra con el dios de la enfermedad que inventaste, pero tú sí.

En el gráfico (ver Apéndice), la palabra campo de batalla aparece en el recuadro de la mentalidad-errada y representa la aparente guerra entre

nosotros y Dios. Esto, naturalmente, no tiene nada que ver con el verdadero

Creador, Que ni siquiera es consciente de nuestro extraño y loco pensamiento. La separación, el culto a los ídolos y la guerra contra nuestra

Fuente son pensamientos que solo pueden tener lugar en la mente ilusoria del ego.

(IV.1: 7) Este dios [de la enfermedad] es el símbolo de tu decisión de oponerte a Dios, y tienes miedo de él porque no se le puede reconciliar con la Voluntad de Dios.

Este es el principio de uno u otro, y nos aterra la Voluntad de Dios porque

en su Presencia no hay un yo. Sin embargo, en el impío instante en que adoramos al dios de la enfermedad, nuestro yo personal definitivamente

existe y Dios no. Esto explica, una vez más, a qué se debe la popularidad de

la Biblia, al menos en parte, al justificar la individualidad que el mundo ama. Todos adoramos en el santuario de este enfermo dios de separación y

especialismo que toma el lugar del Dios de Unidad y verdad que todo lo ama.

(IV.1: 8) Si lo atacas, lo harás real para ti.

No se trata de ahogar, burlar o triunfar sobre el ego, sino solo de mirarlo, sonriendo con el silencio que sabe que él es irreal. Como dice el libro de ejercicios sobre el milagro: "Simplemente contempla la devastación y le

recuerda a la mente que lo que ve es falso" (L-pII.13.1:3). El milagro también nos enseña a no tratar de atacar o sanar la devastación, sino simplemente a sonreír y decir que es nada. Después de todo, no tiene sentido confrontar lo que no existe.

(IV.1: 9) Pero si te niegas a adorarlo, sea cual sea la forma en que se presente ante ti, o el lugar donde creas verlo, desaparecerá en la nada de donde provino.

Esta cláusula final e importante también se repite en otros lugares del Curso

(por ejemplo, L-pl.107.1:6; M-13.1:2; C-4.4:5). De nuevo, solo necesitamos

mirar el ego, porque no mirarlo es lo que preserva la nada inherente de su

sistema de pensamiento. En nuestra vida cotidiana, el mandato de Jesús se

traduce en sus dichos a nosotros: "Tráeme tus pensamientos, tu adoración a

los ídolos de la enfermedad y tus santuarios de especialismo. No los atacaré

ni los castigaré ni los reprenderé; ni voy a emitir mandamientos contra ellos. Solo te pido que me traigas estas ilusiones para que las veamos juntas.

Entonces tú verás la tontería de creer que podría haber un ataque en cualquier parte del Reino – desde Dios, hacia Dios, o entre los miembros de

la Filiación. Al unirnos con Jesús, aprendemos de su suave risa y nos damos

cuenta de que no ha pasado nada que nos pueda separar de Dios y de Su

Amor. Sin embargo, cuando peleamos contra el ego y reaccionamos

defensivamente a su sistema de ataque mental, hacemos que el error sea real

y terminamos adorando a los pies del ídolo, sin darnos cuenta de que no hay

nada para adorar.

(IV.4: 4) Las leyes de Dios operan exclusivamente para tu bien, y no hay más leyes que las Suyas.

Todo lo que está fuera de las leyes de Dios simplemente no tiene leyes y,

por lo tanto, es caótico. Esto se refiere de nuevo a nuestro tema de no anteponer otros dioses a Él porque no hay ninguno. Las únicas leyes verdaderas son las de amor, vida eterna y extensión (o creación), todo lo

cual refleja el estado no-dualista del Cielo. Las leyes mundiales tienen que

ver exclusivamente con el dualismo de la materialidad o el materialismo

psicológico del especialismo, lo cual no es bueno para ninguno de nosotros.

(IV.6: 1) Una vez que se ha experimentado la protección de Dios, inventar ídolos se vuelve inconcebible.

En presencia del Amor de Dios, cualquier idea de dioses falsos o pensamientos de separación es inconcebible. Este es el por qué el ego se

contrae cuando tomamos la mano de Jesús, está alerta en contra de nuestra

búsqueda de acallar su estridente chillido y escuchar al Espíritu Santo, y se

resiste a todo intento de perdón. Sabe que, si nosotros elegimos un Maestro

diferente, ya no honraríamos su "sabiduría", y su existencia se disolvería en

su propia nada.

(IV.6: 2) En la Mente de Dios no hay imágenes extrañas, y lo que no está en Su Mente no puede estar en la tuya, porque tú tienes una sola mente y esa mente le pertenece a Él.

Esta es otra declaración del principio de Expiación: no sucedió nada que

pudiera cambiar la Imagen que Dios creó una con Él. Jesús nos recuerda

que Dios no sabe de la separación cuando él dice: "En la Mente de Dios no hay imágenes extrañas". Recordemos que Su Mente es la Presencia nodualista del único pensamiento perfecto, el amor, y que no hay ninguno más. El mundo de separación y amor especial del ego debe estar fuera de Su Mente, y necesitamos escuchar las palabras de consuelo de Jesús para nosotros: "Mira las maneras extrañamente perversas en que adoras en los santuarios de especialismo e individualidad. Date cuenta de que todo esto no tiene nada que ver con la realidad, así que no temas, adores, ni te sientas culpable por el sistema de pensamiento del ego. Él nunca te hará feliz, pero lo que yo te cuente sobre la Expiación y el perdón sí lo hará". (IV.6: 3-8) Es tuya precisamente porque le pertenece a Él, ya que para Él ser propietario de algo es compartirlo. Y si esto es así para Él, también lo es para ti. Sus definiciones son Sus leyes, pues mediante ellas estableció el universo tal como éste es. Los falsos dioses que tratas de imponer entre tu realidad y tú no afectan a la verdad en absoluto. Tuya es la paz porque Dios te creó. Y Él no creó nada más. "Es tuya precisamente porque le pertenece a Él, ya que para Él ser propietario de algo es compartirlo". La Mente de Dios es nuestra. Para nosotros, por supuesto, ser propietario excluye: soy dueño y tú no. El universo que Jesús describe es el del amor y unidad no-dualista, en el que no existe un concepto de mío y tuyo. Es totalmente diferente al universo de dioses falsos que conocemos y hemos hecho realidad. Estos ídolos de especialismo no son nada y no tienen efecto en nuestra realidad como espíritu. Esta es otra declaración del principio de Expiación que es central en el sistema de pensamiento de Un Curso de Milagros.

Blasfemia

Llegamos ahora a un subtema del tema de este movimiento sobre el Primer Mandamiento: blasfemia, una palabra que apenas se usa en el Curso,

excepto en la sección V de este capítulo. Es un término bíblico, y altamente significativo en el Nuevo Testamento. Blasfemamos cuando atacamos a Dios, anteponeamos irreverentemente otros dioses a Él, o no somos respetuosos con Su Persona. Sin embargo, Jesús nos enseña aquí que la blasfemia no tiene nada que ver con nuestra Fuente, ya que realmente está dirigida solo a nosotros mismos. Blasfemamos contra nuestra verdadera Identidad al creer que esta lamentable caricatura de Cristo, nuestro yo especial, es quien realmente somos.

(V.1: 1) Los ritos del dios de la enfermedad son extraños y muy estrictos. Esto es válido no solo para nuestros rituales personales de especialismo, sino también para aquellos que se encuentran en casi todas las religiones. Todas son formas de adorar al dios dualista de la enfermedad y la separación, que exige nuestra lealtad a cambio de sus "dones" de culpa, dolor y muerte.

(V.1: 2-3) En ellos la alegría está prohibida, pues la depresión es la señal de tu lealtad a él. La depresión significa que has abjurado de Dios. La raíz de la depresión no es un desequilibrio químico o una reacción a un trauma psicológico. La verdadera causa – de hecho, la causa de todos los problemas, mentales y físicos – radica en la creencia de la mente de que hay un dios de la enfermedad que puede ser adorado como reemplazo del Dios del Amor. En tal locura, parece que la enfermedad, el miedo y la miseria han reemplazado a la salud, el amor y la alegría, lo imposible ha sido establecido como un hecho, y la Certeza del Cielo ha sido reducida a nada.

(V.1: 4-7) Son muchos los que tienen miedo de la blasfemia, mas no

entienden lo que ésta es. No se dan cuenta de que negar a Dios es negar su propia Identidad, y en este sentido el costo del pecado es la muerte. Esto es así en un sentido muy literal: negar la vida hace que se perciba su opuesto, de la misma manera en que toda forma de negación reemplaza lo que existe con lo que no existe. Nadie puede realmente hacer esto, aunque es indudable que tú puedes pensar que puedes y crees que lo has hecho.

La gente tiene miedo de la blasfemia porque temen a las represalias de

Dios. Citando a la famosa declaración de San Pablo (Romanos 6:23), Jesús

explica que cuando negamos a Dios nos acusamos de pecado, e inevitablemente creemos que seremos destruidos por el Padre iracundo.

Sin embargo, el principio de Expiación viene a nuestro rescate: somos libres

de creer que podemos separarnos de Dios y de destruirlo en un acto blasfemo, pero esto no significa que realmente lo hayamos hecho; la creencia no hace a la realidad, aunque puede hacernos creer en ilusiones,

reemplazando "lo que existe con lo que no existe", la vida eterna con la muerte.

(V.3: 1-2) Mantenerse fiel a la negación de Dios es la doctrina del ego. El dios de la enfermedad obviamente exige la negación de la salud, ya que la salud está en clara oposición a su propia supervivencia.

La verdadera salud es saber quiénes somos, y esto no tiene nada que ver con

la condición del cuerpo, ya que la enfermedad es la creencia de que no somos quienes somos, y no tiene nada que ver con el cuerpo. Como hemos

visto, el ego espera fidelidad a sus reglas de enfermedad y salud como recompensa por la individualidad que nos ofrece. El miedo a perder nuestro

ser especial nos impulsa al mundo del ego de culpa, negación y proyección,

anticipando el castigo por el "pecado" de afirmar nuestra verdadera Identidad. Entonces nos convertimos en enfermos, pensando que estamos a

merced de fuerzas, incluso microscópicas, más allá de nuestro control.
(V.3: 3-4) Mas considera lo que esto significa para ti. A menos que estés

enfermo no puedes conservar los dioses que inventaste, pues sólo estando enfermo podrías desearlos.

El mundo adora la enfermedad porque demuestra que el cuerpo y el ataque son reales, y, por lo tanto, que la separación de Dios también debe ser real.

Esto significa que el ídolo especial de nuestro ser está vivo y bien, por no

decir, que sigue siendo pecaminoso, odioso y destructivo. Nuestro deseo de

que el pensa-miento enfermo de separación sea verdadero, nos conduce a

abrazar el loco sistema de pensamiento de la enfermedad del ego.

Estamos

enfermos, pero solo por la decisión de la mente por la blasfemia, una decisión que podemos cambiar fácilmente una vez que recordamos que la

habíamos tomado.

(V.3: 5) La blasfemia, por lo tanto, es destructiva para el yo, pero no puede destruir a Dios.

Esta es la buena noticia: la blasfemia no tiene nada que ver con Dios. Si

realmente entendiéramos esto, no habría un mundo, el cual era nuestro

medio para escapar de la mente – una defensa contra la historia espeluznante del ego de la ira de Dios que castigaría nuestro pecado.

Fabricamos el universo físico, sabiendo que Dios en última instancia, lo atravesará y nos encontrará, y rezamos para que cuando lo haga, reconozca

nuestra inocencia. Para garantizar este reconocimiento, creamos miles y

miles de millones de cuerpos en los que proyectamos la culpa de nuestra

mente. La razón de ser del mundo es la creencia de que Dios está enojado,

lo que significa que el pecado es real y que nosotros hemos antepuesto otros

dioses a Él. En Su iracunda represalia, Dios castigará esta blasfemia, con suerte atacando a otros y siendo leves con nosotros. Nuevamente, Jesús enseña que toda esta locura no tiene nada que ver con el amoroso Dios Que nos creó a Su Propia Imagen y Semejanza, sino que tiene todo que ver con la mente enferma que ha negado la verdad sobre nuestro Ser: "La blasfemia, por lo tanto, es destructiva para el yo, pero no puede destruir a Dios". (V.3: 6-7) E Blasfemar significa que estás dispuesto a no conocerte a ti mismo a fin de estar enfermo. Ésta es la ofrenda que tu dios exige, pues, al ser este producto de tu demencia, no es más que una idea demente. Las ideas no abandonan su fuente. La creencia de que podemos estar separados de Dios es una idea demente. El sistema de pensamiento del ego - el ídolo que adoramos - proviene de ese pensamiento, al igual que el mundo proyectado en el que nos adoramos a nosotros mismos y a los demás como cuerpos. Todos provienen del pensamiento demente y comparten su demencia: un pensamiento loco fabrica un mundo loco; la enfermedad engendra enfermedad; y la pureza del Ser permanece oculta dentro de la mente "de aquellos a quienes la culpa ha enloquecido" (T-13.in.2:2), esperando pacientemente nuestro regreso a la cordura. (V.3: 8) Ésta se manifiesta de muchas maneras, pero si bien puede parecer ser muchas cosas diferentes no es sino una misma idea: la negación de Dios. Esta negación de Dios es la enfermedad, y el mundo es el producto de ese pensamiento enfermo. La mente enferma que se ha quedado dormida cree que ha negado a Dios en un acto de blasfemia y ha erigido a otros dioses para que tomen Su lugar, pero esto es cierto solo dentro del sueño. Las mentes engañadas tienen el poder de creer que han logrado lo imposible,

aunque no en la realidad. Así creemos en el dios de la enfermedad, a quien
hemos construido altares e iglesias con devoción. Una forma importante
que toma este dios es el cuerpo. Nosotros adoramos obedientemente en su
santuario, recolectando otros cuerpos para adorar con nosotros, de quienes
nos alimentamos para satisfacer nuestras necesidades especiales.
Y una última declaración resumida de nuestra blasfemia:
(V.12: 1-4) Si Dios sabe que Sus Hijos son completamente impecables, es una blasfemia perci-birlos como culpables. Si Dios sabe que Sus Hijos no pueden sufrir daño alguno, es una blasfemia percibir sufrimiento en cualquier parte. Si Dios sabe que Sus Hijos son completamente dichosos, es una blasfemia sentirse deprimido. Todas estas ilusiones y las múltiples formas que la blasfemia puede adoptar, son negativas a aceptar la creación tal como es.
Como no podemos blasfemar contra Dios en realidad, es solo en sueños
ilusorios que nuestro "pecado" parece ser un verdadero evento. Somos blasfemos contra nosotros mismos en virtud de haber elegido dormirnos,
asumiendo la identidad falsa de un yo separado. El problema no es lo que
soñamos, sino el hecho que soñamos en absoluto. La negativa a aceptar
nuestra Identidad como el Hijo de Dios es lo que nos lleva a nuestros febriles sueños de pecado, sufrimiento y ataque, en los que acusamos a
otros de su blasfemia contra nosotros, en lugar de ver la blasfemia inherente
a nuestro mal uso del poder de la mente para crear. Esto nos lleva al segundo tema importante en este capítulo: el poder de la mente para negar a
Dios y olvidar Quiénes somos como Su Hijo. En esta negación, lo hemos
sustituido con un dios falso e hicimos que tome el lugar del Creador, relegándonos a nosotros mismos a vidas de culpa perpetua, dolor y depresión que provienen de causas externas, debido a nuestro concebir

erróneamente a la mente.

El poder de la mente

(I.1: 1-2) No conoces tus creaciones simplemente porque mientras tu mente siga estando dividida decidirás contra ellas, y es imposible atacar

lo que has creado. Pero recuerda que a Dios le resulta igualmente imposible.

Como somos parte de Dios, no hay forma de que podamos atacarnos a nosotros mismos, como tampoco Él podría atacarnos. Sin embargo, cuando

negamos nuestra Identidad y elegimos contra el Cristo, erigimos un sistema

de pensamiento de mentalidad-errada de proyección para tomar el lugar de

la extensión y evitar que recordemos Quiénes somos como el Hijo de la Creación Misma. Aún más al punto, la proyección asegura que olvidemos

que incluso tenemos una mente que podría tomar una decisión tan loca.

(I.4: 1) Recordarás todo en el instante en que lo desees de todo corazón,

pues si desear de todo corazón es crear, tu voluntad habrá dispuesto el fin de la separación, y simultáneamente le habrás devuelto tu mente a tu Creador y a tus creaciones.

Al elegir el Espíritu Santo, tomamos la mano de Jesús y perdonamos las diferentes formas de expresar la simple decisión de terminar nuestra adoración a los ídolos de la individualidad y la enfermedad. La realidad no

necesita nuestra decisión, pero la conciencia de la realidad depende de que

la mente ejerza su poder para elegir la unidad sobre la separación, a Dios

sobre el ego, a la creación sobre la creación falsa.

(I.4: 2-3) Al conocerlos, ya no tendrás deseos de dormir, sino sólo el deseo de despertar y regocijarte. Soñar será imposible porque sólo desearás la verdad, y al ser ésa por fin tu voluntad, dispon-drás de ella.

Querer solo la verdad refleja nuestra decisión de corregir el error de haber

hecho del ego nuestro maestro y nuestro Dios. Ahora con mucho gusto

elegimos al Espíritu Santo como el Guía para despertarnos de la realidad de las pesadillas del ego, y recordar a nuestro Creador y a nuestras creaciones, las extensiones de nuestro Ser.

(II.1: 1-2) A menos que primero conozcas algo no puedes disociarte de ello. El conocimiento, en-tonces, debe proceder a la disociación, de modo que ésta no es otra cosa que la decisión de olvidar. La disociación es un término psicológico que denota la separación de pensamientos indeseables. Asociar significa "estar con", lo que "dis" niega.

En este contexto, Jesús usa el término como sinónimo de separación, ya que nuestro tomador de decisiones eligió separar la mente correcta y la memoria del Espíritu Santo de nuestro ser. En el gráfico, esto está representado por la línea de puntos que divide las mentes erradas y correctas, el ego y el Espíritu Santo. Al elegir disociarnos del Espíritu Santo, nos identificamos solo con el ego y su sistema de pensamiento de culpa y ataque. Jesús nos está enseñando que no nos disociaríamos a menos que primero supiéramos qué era lo que el Espíritu Santo estaba diciendo. No podemos decidir separarnos si primero no sabemos de qué nos estamos separando. En nuestro mito, el tomador de decisiones escucha tanto al ego como al Espíritu Santo, y solo entonces elige activamente contra Su Expiación. Antes de que pudiéramos haber rechazado al Espíritu Santo, primero tuvimos que decidir que no nos gustaba lo que nos estaba diciendo, lo que significa que habíamos escuchado Su Voz.

A menudo volveremos a este tema: el hecho mismo de haber elegido el ego significa que hemos elegido contra el Espíritu Santo, Que existe en la mente como el recuerdo del Amor de Dios. Esto implica que en todos y cada uno de los momentos, elegimos activamente disociarnos o separarnos de la

presencia de la Expiación. A lo largo de nuestras vidas gastamos una tremenda energía resistiendo lo que ya hemos hecho real en nuestras mentes, pero que luego nos disociamos de ello. Luchamos contra el Amor de Dios, tratando desesperadamente de probar que Él está equivocado y que no existe, y en Su lugar adoramos a los falsos dioses del ego. Es el poder de la mente lo que nos permite conocer la verdad y aun así, elegir contra ella, enterrándola bajo un sistema de pensamiento de odio, y luego enterrando ese pensamiento bajo un mundo de odio – el ahora doble escudo del olvido (L-pl.136.5:2): el sistema de pensamiento de mentalidad-errada de pecado, culpa, miedo y ataque es el escudo contra el principio de Expiación, y el mundo del pecado, la culpa, el miedo y el ataque es el escudo contra la mente errada.

(II.1: 3-5) Lo que se ha olvidado parece entonces temible, pero únicamente porque la disociación es un ataque contra la verdad. Sientes miedo porque la has olvidado. Y has reemplazado tu conocimiento por una conciencia de sueños, ya que tienes miedo de la disociación y no de aquello de lo que te dissociaste.

Esta es una declaración críticamente importante. Freud y sus seguidores se habrían ahorrado muchos problemas y agitación teórica si hubieran reconocido esta simple verdad. No tenemos miedo de lo que hay en el cuadro de la mentalidad-errada del ego; tenemos miedo porque creemos que hemos elegido contra el Espíritu Santo. Realmente no tememos al Amor de Dios, sino solo a nuestro ataque percibido contra Él. El ego nos convenció de que seremos destruidos por el pecado de blasfemar contra nuestro Creador, antepo-niendo otros dioses a Él y violando Sus mandamientos.

Para reiterar esto, no tenemos miedo de lo que nos hemos disociado, sino del hecho mismo de que nos hemos disociado – dos veces, de hecho: nos disociamos de la mente correcta, y luego de la mente errada fabricando el mundo. En otras palabras, no tenemos miedo de lo que nos hemos separado, sino de que nos hemos separado. Es el acto mismo de elegir contra Dios, una y otra vez, lo que es la fuente de nuestra culpa y miedo. No miramos hacia adentro porque el ego nos ha advertido de las graves consecuencias que habrá si lo hacemos, ya que la culpa exige castigo. Sin embargo, nuestro querido hermano mayor nos dice calma-damente que no hay nada que temer en la mente, porque las ilusiones siguen siendo ilusiones y no tienen ningún efecto en la realidad del amor.

(II.1: 6) Cuando aceptas aquello de lo que te disociaste, deja de ser temible.

El Amor de Dios solo puede ser temido cuando nos identificamos con el ego, porque ¿cómo podría el amor tener miedo? Así cuando convertimos su omni-benevolencia en algo horrible, temblamos de terror. En el Capítulo 18 Jesús nos dice: “Y no te das cuenta de que no es del amor de lo que tienes miedo, sino única-mente de lo que tú has hecho de él” (T-18.III.3:6).

Para el ego, cuando estamos en presencia del Amor del Cielo, la destrucción es inevitable porque su dios cree en el pecado y las represalias. Por otro lado, estas historias inventadas por el ego solo son ciertas dentro de su sistema de pensamiento de mentiras. Si bien la simple verdad es que no somos el ego,

el poder de la mente es tal que puede creer en lo que no es verdad, y como

así también en lo que es demente.

(IV.2: 1-2) La realidad sólo puede alborear en una mente despejada. La realidad está siempre ahí, ante ti, lista para ser aceptada, pero para aceptarla tienes que primero estar dispuesto a tenerla.

Esto nuevamente se refiere al poder de la mente para elegir, uno de los

temas más destacados de nuestra sinfonía. Si nos quejamos de que no conocemos la realidad, no es culpa de la realidad. No la conocemos porque

nuestra mente permanece nublada por su decisión de identificarse con los

pensamientos del ego, elegidos intencionalmente para mantener la realidad

del Ser fuera de la conciencia.

(IV.2: 3-4) Conocer la realidad requiere que uno esté dispuesto a juzgar la irrealidad tal como es. Pasar por alto lo que no es nada es simplemente juzgarlo acertadamente, y mediante tu capacidad para evaluarlo correctamente, permitir que desaparezca

Este es otro tema destacado que debe ser mirado, pero que consideraremos

con mayor profundidad más adelante en nuestra sinfonía. Cuando miramos

el sistema de pensamiento del ego con Jesús a nuestro lado, reconocemos la

nada de este extraño dios al que hemos adorado. Necesitamos juzgar la

irrealidad como la ilusión que realmente es, porque el ego juzga la irrealidad por lo que no es, diciendo que es real y temible. Creyendo las

mentiras del ego, entonces, erigimos elaboradas defensas para protegernos

de la amenaza que la realidad tiene para nuestra existencia.

Felizmente, sin

embargo, mirar la nada del ego sin culpa ni miedo nos permite dejarlo ir,

porque es nada.

(IV.2: 5-6)) El conocimiento no puede alborear en una mente llena de ilusiones porque la verdad y las ilusiones son irreconciliables. La

verdad es íntegra y no puede ser conocida sólo por una parte de la mente.

La barrera para saber Quiénes somos como el Hijo de Dios no tiene nada

que ver con otra cosa que no sea el poder de la mente para elegir no saber.

Sin embargo, a pesar de nuestra elección por las ilusiones, la verdad nos

espera pacientemente para ser recordada. Esto se logra al ver a todo el Hijo

de Dios en cada parte, la curación de nuestra mente dividida de su creencia

en la separación y la restauración a su integridad natural y a su poder para

crear.

(IV.3: 4) Si percibes otros dioses significa que tu mente está dividida, y no podrás limitar dicha división porque ello es señal de que has separado parte de tu mente de la Voluntad de Dios.

La creencia de que hemos separado nuestras mentes de la de Dios reconoce

que la disociación ha funcionado. La mente en realidad está dividida entre

Dios y el ego, y nosotros, en virtud de nuestro ataque blasfemo a Dios, ahora creemos que somos el ego y que somos vulnerables a los contraataques. Esta es la fuente última de nuestros miedos.

A pesar de la naturaleza ilusoria de la creencia de que Dios nos hará daño,

el sistema de pensamiento del ego definitivamente puede ser dañino para

nosotros si lo aceptamos como verdadero y continuamos separando nuestras

mentes de la Voluntad de Dios, fragmentando a Su Filiación mediante continuos ataques y juicios. La culpa, como sabemos por experiencia, es

muy dolorosa, y se nutre y preserva al mantener el loco sistema de pensamiento de separación y fragmentación.

(IV.5: 3) Tus dioses no son los causantes del caos; tú les adjudicas el caos y luego lo aceptas de ellos.

El "tú" es la parte tomadora de decisiones de la mente que hace un mal uso

de su poder al elegir el ego sobre el Espíritu Santo. El aparente caos en nuestra mente obviamente no tiene nada que ver con la realidad porque no

puede haber caos en lo que Dios creó. Sin embargo, puede creer en el caos

de la separación, lo que lleva a la experiencia de la culpa, el sufrimiento y el

caótico mundo de relaciones especiales del ego.

(IV.5: 4-6) Nada de esto ha tenido lugar jamás; y nada, excepto Su Voluntad, existirá jamás. Fuiste creado mediante Sus leyes y por su Voluntad, y el modo en que fuiste creado te estableció como creador. Nuestra función en el Cielo es crear mediante la extensión del Amor de Dios, como Jesús nos dice muchas veces a lo largo del Curso, mientras que

nuestra función en la tierra es perdonar, lo que deshace la creencia en la

realidad del ego. Refiriéndonos al gráfico (ver apéndice), lo que sucede debajo de la línea continua en la parte superior es totalmente irreal; sobre la

línea es el Cielo, donde el conocimiento continúa sin interrupciones, nada

ha cambiado y el caos nunca ha existido – otra declaración del principio de

Expiación del Espíritu Santo.

(V.5: 3-8) Precisamente porque no te creaste a ti mismo es por lo que no

tienes que preocuparte por nada. Tus dioses no son nada porque tu Padre no los creó. No puedes crear creadores que no sean como tu Creador, de la misma forma en que Él no habría podido crear un Hijo que no fuese como Él. Si la creación es compartir, no puede crear lo que

no es igual a ella misma. Sólo puede compartir lo que ella es. La depresión es aislamiento, y, por lo tanto, no pudo haber sido creada. Por eso debemos alegrarnos. Nada de lo que pensamos que hicimos sucedió

realmente. Solo en sueños parecía haber una separación y parecía que estaban nuestros dioses de especialismo y enfermedad. La verdad permanece, sin embargo, ya que como ellos salieron de la nada, cuando

perdonamos, regresan a la nada. Nuestra depresión, ansiedad y miedo no

son nada – las buenas noticias de la Expiación.

(V.6: 1) Hijo de Dios, no has pecado, pero si has estado muy equivocado.

Esta es otra oración importante, ya que deshace la lógica del sistema de

pensamiento del ego al eliminar la piedra angular de su creencia en la separación. Nuestra elección por el ego no es pecado; no blasfemamos contra Dios, ni destruimos Su Amor. Todo lo que hicimos fue cometer el error de elegir al maestro equivo-cado. Para presagiar un punto que se verá

mucho más adelante en nuestra sinfonía (T-27.VIII.6:2-3), el problema no

fue la diminuta y alocada idea de estar separado de Dios, sino el hecho de

que nos la tomamos en serio ("olvidamos reír"), calificándola de pecado en

lugar de como un error tonto.

(V.6: 2) No obstante, eso puede corregirse y Dios te ayudará, pues sabe

que tú no puedes pecar contra Él.

La Biblia está construida sobre la premisa de que realmente pecamos contra

Dios. De hecho, no habría Viejo o Nuevo Testamento, y ciertamente ninguna figura de Jesús si el pecado no fuera considerado real. De nuevo, el

sistema de pensamiento del ego del pecado, la culpa y el castigo es verdadero solo dentro de la loca mente del soñador, y no tiene nada que ver

con la realidad del perfecto Amor y Unidad de Dios.

(V.6: 3-6) Lo negaste porque lo amabas, pues sabías que de reconocer tu amor por Él, no habrías podido negarle. Negarle significa, por lo tanto, que lo amas y que sabes que Él te ama a ti. Recuerda que tienes que haber conocido previamente lo que niegas. Y si aceptas la negación

también puedes aceptar su deshacimiento.

Esta es una reafirmación de lo que vimos anteriormente, y veremos más

detalladamente en el comienzo del Capítulo 12 donde Jesús explica el juicio del Espíritu Santo: el ataque es una expresión de miedo, y el miedo es un llamado al amor que hemos negado. No podríamos haberlo negado a Él si primero no lo hubiéramos amado. Es la elección del Hijo de recordar este amor, lo que es el verdadero miedo del ego y contra lo que se defiende, porque es la atracción del amor por el amor (T-12.VIII). La atracción está en nuestras mentes, es por eso que la estrategia del ego es dejarnos sin mente. Si no sabemos que tenemos una mente, no podemos elegir de nuevo, amar en lugar de odiar. De esto se deduce que, si podemos aceptar el poder de nuestras mentes para elegir al dios de la enfermedad y adorar a este ídolo, podemos elegir activamente contra él. Hemos negado que dentro de la mente se encuentran el conocimiento de que Dios no nos odia, y el sistema de pensamiento que afirma que nosotros pecamos contra Él, lo que conduce a Su represalia al pecar contra nosotros, lo cual es una locura y totalmente irreal.

(V.8: 3-5) No estás enfermo ni tampoco puedes morir. Pero te puedes confundir a ti mismo con cosas que mueren. Recuerda, no obstante, que hacer eso es una blasfemia, pues significa que estás contemplando sin amor a Dios y a Su creación, de la cual Él no puede estar separado . Jesús habla aquí sobre la confusión de niveles, tema que discutimos en los Capítulos 1 y 2. Nos confundimos a nosotros mismos al creer que el cuerpo es real, olvidando que somos una mente y que nuestra realidad es el espíritu. Esto es blasfemia, pero no contra Dios. Una vez más, nos

blasfemamos a nosotros mismos, porque al identificarnos con el cuerpo - el producto del sistema de pensamiento de separación y especialismo - nos identificamos con una caricatura de la creación. Este "pecado" no tiene nada que ver con Dios, sino solo con nuestra elección equivocada por el ego que nos hace creer que la culpa, la enfermedad y la muerte son las consecuencias justificadas de nuestro pecado. Mirar con los ojos abiertos y sin prejuicios el error de la mente, permite que la cordura regrese, anunciando el fin de la blasfemia y el restablecimiento en la conciencia de la verdad de nuestra gloriosa realidad como el Hijo de Dios. (V.9: 9-11) Tu Padre te creó completamente libre de pecado, completamente libre de dolor y completamente a salvo de todo sufrimiento. Si niegas a tu Padre estarás invitando al pecado, al dolor y al sufrimiento a tu mente debido al poder que Él le dio. Tu mente es capaz de crear mundos, pero también es capaz de negar lo que crea porque es libre. Dentro de la ilusión, la mente puede creer que usurpa el poder creativo de Dios, estableciéndose como un falso creador capaz de hacer un mundo que refleje su propio sistema de pensamiento demente de culpa, miedo y muerte. Luego cree que su realidad fue comprada a expensas de Dios y Su Cielo. Incluso puede fabricar un Dios y adorarlo a sus pies, como suelen hacer las religiones formales. Esta misma mente, por otro lado, puede extenderse como Cristo o espíritu. Una vez más, la verdad sobre la línea continua en el gráfico permanece como siempre fue: "... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial" (T-26.V.5:4). Este es el principio de Expiación, en donde la Mente continúa siendo como siempre ha sido, una extensión de la Mente eterna de Dios. Y como Su extensión, esta Mente

crea tal como Él lo hace.

(V.10: 1) No te das cuenta de cuánto te has negado a ti mismo, ni de cuánto Dios, en Su Amor, desea que no sea así.

El ego nos haría creer que Dios quiere que nos neguemos a nosotros mismos, y que Él ve nuestro pecado de negarlo a Él como real. Sin embargo, en algún momento reconocemos la locura de esta idea y elegimos

un Maestro más sabio.

(V.10: 2-5) No obstante, Dios no interferiría en tus decisiones porque no

podría conocer a Su Hijo si éste no fuese libre. Interferir en tus decisiones sería atacarse a Sí Mismo, y Dios no está loco. Cuando tú lo niegas a Él eres tú el que está loco. ¿Desearías que Él compartiese tu demencia?

Vemos que este tema se hace eco del Capítulo 2, donde Jesús le dijo a Helen que no le pidiera que le quitara el miedo sino más bien que le pida

ayuda para eliminar las condiciones que lo suscitaron, agregando que él no

manipula la ley de causa (mente) y efecto (cuerpo) (T-2.VI.4; T-2.VII.1). Jesús estaba demostrando su respeto por el poder de su mente. Como hemos

visto, si no respetamos el poder de la mente para elegir contra Dios, no

podremos respetar su poder de elegir en favor de Él. Mientras Jesús era el

sujeto en Capítulo 2, aquí es a Dios a Quien se representa como el que respeta la verdadera fuerza de la mente. Somos libres dentro de la ilusión de

elegir lo que queramos; pero creer que Dios intervendría de alguna manera

(como la Biblia nos dice que Él lo hace), transformaría en demente a nuestra Fuente y en culpable del pecado de hacer real la separación. También impediría cualquier esperanza de nuestra salvación. De hecho,

Dios y Jesús no pueden salvarnos. Solo nosotros, el tomador de decisiones,

podemos salvarnos restaurando la fuerza a la mente que primero eligió creer

en las ilusiones del ego, pero que ahora puede deshacer el error eligiendo la verdad de la Expiación del Espíritu Santo. Esto nos dice por qué es tan importante no dominar a otros, convencidos de que sabemos lo que es mejor para ellos. Dentro de este mundo podemos saberlo, pero no somos del mundo; ellos tampoco. Imponer nuestra voluntad sobre alguien, no importa cuán sabios o amorosos creamos que somos, al final no es útil. A veces lo más amoroso es permitir que las personas cometan errores; otras veces puede ser útil intervenir en el nivel de la forma. Sin embargo, la única reacción verdaderamente amorosa es ayudar a otros, directa o indirectamente, a ponerse en contacto con el poder de su mente que ha elegido contra el amor, para que puedan reconocer el error inherente a su elección y estar motivados para elegir de nuevo. Dicho de otra manera, nosotros demostramos que este curso es cierto por nuestra indefensión (es decir, no hacer que la locura del ego sea la nuestra propia), un punto que Jesús abordará específicamente en el próximo capítulo. (V.11: 2-6) Su Hijo se excluyó a sí mismo de Su don al negarse a aceptar lo que había sido creado para él y lo que Él había creado en el Nombre de su Padre. El Cielo espera su retorno, pues fue creado para ser la morada del Hijo de Dios. Tú no te sientes a gusto en ninguna otra parte ni en ningún otro estado. No te niegues la dicha que fue creada para ti a cambio de la infelicidad que tú mismo has labrado. Dios te ha proporcionado los medios para deshacer lo que tú has hecho. Abandonamos el Cielo y su regalo de creación por nuestra propia decisión, y es ejerciendo el mismo poder de la mente para elegir que nosotros regresamos. En verdad, por supuesto, no regresamos ya que nunca nos

fuimos, pero en nuestras mentes engañadas necesitamos una corrección para nuestro pensa-miento distorsionado: creemos que nos fuimos, y por eso creemos que necesitamos volver. El medio que Dios nos ha "dado" es el perdón, el cual nos recuerda que tenemos una mente, y que esta mente puede elegir de nuevo: la alegría en lugar de la miseria, la Expiación en lugar de la separación, el Cielo en lugar del infierno. El capítulo termina con este recordatorio final del poder de la mente para elegir entre el Amor del Espíritu Santo o la arrogancia del ego: (V.14: 1-2) La arrogancia es la negación del amor porque el amor comparte y la arrogancia no. Mientras ambas cosas te parezcan deseables, el concepto de elección, que no procede de Dios, seguirá contigo. No hace falta decir que, en realidad, no puede haber elección entre la verdad y la ilusión. Sin embargo, en las mentes engañadas por el pecado percibido de las diferencias, en el que ambos pensamientos parecen estar, la elección es el único concepto significativo que nos queda. Decidimos entre la arrogancia del ego al creer que podemos separarnos de Dios y retener el amor de la Filiación, y el amor unificado que Jesús nos ofrece como nuestra realidad. El pasaje continúa describiendo esta elección entre tiempo y eternidad: (V.14: 3-9) Si bien esto no es verdad en la eternidad, en el tiempo lo es, de modo que mientras el tiempo perdure en tu mente te verás obligado a elegir. El tiempo en sí es algo que tú elegiste. Si quieres recordar la eternidad, debes contemplar sólo lo eterno. Si permites que lo temporal te preocupe, estarás viviendo en el tiempo. Como siempre, tu elección estará determinada por lo que valores. El tiempo y la eternidad no

pueden ser ambos reales porque se contradicen entre sí. Sólo con que aceptes lo intemporal como lo único que es real, empezarás a entender

lo que es la eternidad y a hacerla tuya.

Los capítulos posteriores discutirán el instante santo, que refleja la realidad

intemporal del Hijo de Dios. En el instante santo tomamos la decisión correcta de ver a través de la visión de Cristo. A pesar de la miríada de diferencias que parecen existir en la Filiación y que nos tientan a permanecer atrapados en lo mundano, solo hay una mente dividida, compartida por igual por todos los Hijos de Dios. En esto reconocemos nuestro interés compartido de despertar de la pesadilla de pecado, culpa y

miedo del ego. Cuando nuestros ojos se abren suavemente, nosotros pasamos del tiempo a la eternidad, del mundo temporal de elección a la

realidad eterna de la unidad, y conocemos nuevamente al Dios que realmente nunca abandonamos.

Cuando no respetamos el poder de la mente para elegir lo eterno, e incluso

negamos que haya una mente, reflejamos la dinámica de proyección del

ego, una de sus defensas más efectivas. El pecado que nuestros tomadores

de decisiones han elegido, es negado y luego proyectado, lo que resulta en

ver nuestro pecado a nuestro alrededor, y creyendo que otros nos están

haciendo lo que secretamente creemos que les hicimos a ellos. Por lo tanto,

consideraremos brevemente la proyección, reflejada en algunos pasajes de

este capítulo.

Proyección

(IN.1: 1) Nada externo a ti puede hacerte temer o amar porque no hay nada externo a ti.

Esto significa que el ego no puede hacernos temer y que el Espíritu Santo

no puede hacernos amar. Solo nosotros podemos, dependiendo de nuestra

elección. La decisión de la mente errada o correcta permanece dentro de nosotros, porque no hay nada fuera de nosotros: las ideas no abandonan su fuente.

(IN.1: 2) Tanto el tiempo como la eternidad se encuentran en tu mente, y estarán en conflicto hasta que percibas el tiempo exclusivamente como un medio para recuperar la eternidad.

Es interesante recordar, como vimos anteriormente, que el Capítulo 10 termina regresándonos a este tema de elegir el tiempo sobre la eternidad,

presentándolo aquí al principio. Podemos observar nuevamente al maestro

sinfonista trabajando en el desarrollo de los temas principales de su sinfonía.

(IN.1: 3) No podrás hacer esto mientras sigas creyendo que la causa de todo lo que te ocurre se encuentra en factores externos a ti.

Si el sistema de pensamiento del ego es para sobrevivir, es imperativo que

creamos que hay factores fuera de la mente que nos afectan, haciéndonos

sentir placer o dolor, felicidad o tristeza. Debemos creer esto porque el ego

necesita que aceptemos que hay algo o alguien fuera de nosotros que afecta

nuestro cuerpo, y que el propósito del tiempo es permitirnos muchas oportunidades para maximizar el placer y minimizar el dolor. Esta proyección refuerza nuestro estado sin mente, y si somos inconscientes, no

podemos cambiar nuestras mentes y elegir de manera diferente. El mundo

del tiempo, entonces, se convierte en el "enemigo" de la mente correcta y en

el amigo de la mente errada. Este estado permanece hasta que elijamos

nuevamente y aprendamos a ver el tiempo como nuestro verdadero aliado,

dándonos la oportunidad de aprender que somos mentes, con el poder de

elegir nuestro destino para continuar soñando o despertar a la realidad de

Cristo, nuestro verdadero Ser.

(IN.1: 4) Tienes que aprender que el tiempo sólo existe para que hagas uso de él, y que nada del mundo puede eximirte de esa responsabilidad.

Creemos que todo aquí nos quita esta responsabilidad, comenzando con la

concepción, que en el sueño del mundo resulta de la unión de un esperma y

un óvulo. Creemos, desde el nacimiento hasta la muerte, que estamos inconscientemente a merced de fuerzas más allá de nuestro control.

Este

tema principal en Un Curso de Milagros será repasado con frecuencia, ya

que el comprender la dinámica de la proyección anuncia el final del sistema

defensivo del ego que se basa en que no somos conscientes de su estrategia

secreta. La siguiente declaración continúa nuestra discusión:

(V.2: 1) Mas no te olvides que negar a Dios dará lugar inevitablemente a la proyección, y creerás que son otros y no tú, los que te han hecho esto a ti.

Cuando negamos a Dios, debemos olvidar que lo hemos hecho. El ego llama pecado a nuestra negación de Dios, y lo que dice es que es tan horrible que no podemos mirarlo. Reprimimos este odio a uno mismo (o

culpa) por nuestro pecado y, a través de la proyección, encontramos a alguien para que sea responsable por él. Nuestro mundo se basa en esta

dinámica de represión y proyección, siendo Freud el primero en exponerla.

Creemos que no estamos en paz porque otros nos la han quitado, ya sea que

hablemos como un yo personal o como miembro de un grupo o de una nación. Esta mentira no puede negar la verdad de que la única razón por la

que no estamos en paz es que nuestras mentes tomadoras de decisiones

deciden activamente contra la paz. Todo temor surge del simple hecho de que seguimos eligiendo en contra de nuestro Creador y Su Amor. (V.2: 2-3) Es imposible que no recibas el mensaje que envías, pues éste es el mensaje que quieres. Tal vez creas que juzgas a tus hermanos por los mensajes que ellos te envían a ti, pero por lo que los juzgas es por los mensajes que tú le envías a ellos. Creemos, y es prácticamente un axioma psicológico, que crecemos con una mala imagen de nosotros mismos por cómo nuestros padres nos trataron. Siendo tratados como nada, creíamos que éramos nada, y que estábamos obligados a robar a otros para llenar la carencia que emana de estos sentimientos subya-centes de indignidad. Este puede ser ciertamente el caso de las leyes de la psicología en el mundo sin mente, pero recuerda que no somos de este mundo. Además, Jesús nos está enseñando que realmente nos gusta que nuestros padres fueran abusivos y que nos tratasen mal, porque esto significa que no éramos responsables de nuestra condición miserable. La verdadera miseria, sin embargo, es la caricatura denigrante de nosotros mismos, con la que la mente ha sustituido nuestra gloriosa Identidad como Cristo. Teniendo esto en cuenta, la conclusión es que nos encanta haber tenido padres victimizadores y emocionalmente insensibles. De hecho, nuestros tomadores de decisiones los eligieron como padres para que abusen y nos traten sin amor. Esto deja claro a todos, incluidos nuestros terapeutas, que

nuestro estado infeliz no es nuestra culpa. De este modo, acusamos a otros del pecado por el juicio que primero hicimos contra ellos. Esto es así, a pesar de cualquier tipo de pensamientos y comportamientos egoicos que otros pudieron haber tenido. Nuestros juicios de pecado solo tienen que ver con la proyección de nuestro juicio de nosotros mismos. Volveremos a este tema en el próximo capítulo donde leeremos: "Si no te habla de Cristo, es que tú no le hablaste de Cristo a él. No oyes más que tu propia voz ..." (T11.V.18:6-7). Esta es una reafirmación de otro tema central en nuestra sinfonía, en palabras del libro de ejercicios: "Dar y recibir son en verdad lo mismo" (L-pl.108). La culpa que proyectamos sobre los demás (o el amor que extendemos) es lo que recibimos de ellos en nuestra experiencia. (V.7: 1-3) Tu Padre no te ha negado. Él no toma represalias, pero sí te pide que retournes. Cuando piensas que Él no ha respondido a tu llamada es porque tú no has respondido a la Suya. Cada vez que sentimos que Dios, el Espíritu Santo o Jesús están en silencio, debemos mirar hacia adentro. La verdad es que somos nosotros los que estamos en silencio. Luego proyectamos este silencio sobre Dios, Cuyo Amor nunca puede estar en silencio porque Su Voz siempre está presente a través de Su recuerdo, el cual lo llevamos con nosotros al sueño de separación. Sin embargo, sigue siendo nuestra responsabilidad que hayamos elegido no escucharlo, y la culpa sobre este pecado percibido es tan enorme que rápidamente proyectamos el silencio sobre la Voz del Espíritu Santo, Cuya Presencia en nuestras mentes nos llama suavemente a despertar del sueño del sufrimiento y la muerte. (V.7: 4) Te llama desde cada parte de la Filiación, debido al Amor que

le profesa a Su Hijo.

La perfecta Unidad de Dios se refleja dentro de la ilusión por la similitud de

la mente dividida que es la del Hijo de Dios en su estado separado.

Todos

compartimos el llamado de la mentalidad-correcta del Espíritu Santo para

despertamos del sueño del ego y alegrarnos de que solo fuera un sueño. No

puede haber excepciones a esto, ya que no hay excepciones en el Amor de

Dios. Pronto volveremos a este tema de la inclusión total que es la esencia

de perdón, pero primero examinamos el otro lado (los sueños de la falsa

creación del ego), para ver cómo se deshace este lamentable auto-concepto

al reconocer que nosotros lo hemos inventado. Comenzamos, sin embargo,

con declaraciones del principio de Expiación que complementan las que ya

hemos citado.

El principio de la Expiación

(IN.1: 5-6) Puedes violar las leyes de Dios en tu imaginación, pero no puedes escaparte de ellas. Fueron promulgadas para tu protección y son tan inviolables como tu seguridad.

Encontramos aquí otra declaración de nuestro tema central: somos libres en

el sueño de creer que podemos violar las leyes de unidad, amor y vida eterna de Dios, pero esto no significa que lo hayamos hecho, ni tampoco

significa que podemos escapar de ellas – ellas están presentes en cada uno

de nosotros como el Espíritu Santo. Él es el recuerdo de la ley del Amor de

Dios que nos llevamos con nosotros cuando nos dormimos y siempre está

en nuestras mentes. Esto explica por qué el ego está empeñado en "protegernos" de las leyes del Cielo, y por qué fabricó su sistema de

pensamiento de locura, conocido como el sueño secreto (T-27.VII.11:7):
el
sistema de pensamiento de mentalidad-errada de pecado, culpa y
miedo que
oculta la Expiación. Para garantizar que nunca descubramos la
corrección
del Espíritu Santo para la separación, el ego fabricó el mundo sin
mente (el
sueño del mundo) como defensa contra su primer sueño en la mente,
que en
sí mismo es una defensa contra la Expiación. Una vez más, creer que
hemos
destruido el amor no significa que lo hayamos hecho, sino solo que
hemos
enterrado ese recuerdo. El propósito de Un Curso de Milagros es, por lo
tanto, liberar este recuerdo de las bóvedas de represión, devolviéndolo
a
nuestra conciencia para que podamos utilizar el poder de la mente
para
elegir de nuevo
(IN.2: 1-4) Dios no creó nada a excepción de ti, y nada a excepción de
ti
existe, pues tú formas partes de Él. ¿Qué puede existir excepto Él?
Nada puede tener lugar aparte de Él porque nada excepto Él es real.
Tus creaciones al igual que tú, representan una aportación para Él,
pero ni tú ni ellas le aportan nada que sea diferente porque todo ha
existido siempre.
¡Qué palabras tan aterradoras para el ego! ¡Qué pensamientos
terroríficos
para nosotros que nos identificamos con nuestro yo personal! Jesús nos
dice
claramente que no existimos, porque ¿cómo pueden existir la
separación y
la individualidad al lado de la Unidad perfecta? Nuestro Ser y Sus
creaciones siempre han existido, y nada más ha existido jamás en
absoluto –
excepto en los sueños, pero los sueños no son la realidad y Cristo
nunca ha
abandonado a Su Padre.
(IN.2: 5-7) ¿Qué otra cosa puede alterarte salvo lo efímero, y cómo

puede ser lo efímero real si tu eres la única creación de Dios y Él te creó eterno? Tu santa mente determina todo lo que te ocurre. La respuesta que das a todo lo que percibes depende de ti porque es tu mente la que determina tu percepción de ello.

El principio de Expiación se convierte en el gran sanador de nuestras percepciones erróneas. Si nada aquí es real, ¿cómo puede algo molestarnos?

Como nada está realmente ahí afuera, solo pueden ser las proyecciones de la mente delirante que dan lugar al mundo de pesadilla de culpa y castigo, haciéndonos percibir alucinaciones y creer en su realidad. Recordar la Expiación del Espíritu Santo nos permite reconsiderar lo que hemos hecho, cambiando nuestras mentes para pensar con Jesús en lugar de oponernos a él. Entonces recordamos nuestro lugar legítimo en la Mente de Dios, y olvidamos el mundo de percepción que nunca sucedió:

(In.3: 1-7) Dios no cambia de parecer con respecto a ti, pues Él no duda de Sí Mismo. Y lo que Él conoce se puede conocer porque no se lo reserva sólo para Sí Mismo. Te creó para Sí Mismo, pero te dio el poder de crear para ti mismo a fin de que fueses como Él. Por eso es por lo que tu mente es santa. ¿Qué podría haber que fuese más grande que el Amor de Dios? ¿Qué podría haber, entonces, que fuese más grande que tu voluntad? Nada externo a tu voluntad te puede afectar porque, al estar en Dios, lo abarcas todo.

El Amor de Dios es nuestra realidad. Nada más. Nada puede cambiar Su Mente, porque Su realidad es inmutable, como lo es la nuestra. Somos como Él porque somos parte de Él; nosotros creamos como Él crea. Ningún pensamiento en la mente que no sea el amor perfecto no puede ser real.

Como dice la Introducción: "... aquello que todo lo abarca no puede tener

opuestos” (T-in.1:8). El que Todo lo abarca es Dios y Su Hijo, unidos en Su amorosa Voluntad. Esta Voluntad es la fuente de la creación, la cual nunca puede abandonar su fuente en Dios: el principio de Expiación es cierto, y la historia de separación del ego es una mentira.

(In.3: 8-11) Cree esto, y te darás cuenta de hasta qué punto todo depende de ti. Cuando tu paz mental se vea amenazada por algo, pregúntate, “¿Ha cambiado Dios de parecer con respecto a mí?” Acepta luego Su decisión, que es ciertamente inmutable y niégate a cambiar de parecer con respecto a ti mismo. Dios nunca decidirá contra ti, pues si lo hiciese, estaría decidiendo contra Él Mismo. Nuevamente, Jesús nos pide que llevemos nuestras preocupaciones a esta verdad: Dios no ha cambiado Su Mente acerca de nosotros. Este reflejo del principio de Expiación es la base del milagro que corrige todos los errores y percepciones erróneas. El poder inherente a nuestras mentes es el agente de esta corrección. Tenemos el poder de aliarnos con nuestro Ser inmutable, la perfección de la Voluntad de Dios que se refleja en las enseñanzas del Espíritu Santo sobre el perdón, o con los pensamientos imperfectos del ego de separación, cambio y especialismo.

(I.1: 4-7) Todo lo que fue creado se encuentra, por lo tanto, perfectamente a salvo porque las leyes de Dios lo protegen con Su Amor. Cualquier parte de tu mente que no sepa esto se ha desterrado a sí misma del conocimiento, al no haber satisfecho sus condiciones. ¿Quién sino tú pudo haber hecho eso? Reconócelo gustosamente, pues en ese reconocimiento radica tu entendimiento de que tu destierro es algo ajeno a Dios, y, por lo tanto, no existe. Esta es una sutil refutación de la historia bíblica de la Caída, que termina con Dios desterrando a Adán y Eva del Edén por su pecado. Si bien la mayoría de los Cristianos ven esto como un mito, su contenido es el

fundamento de la Biblia: el pecado, y la respuesta iracunda de Dios a él. En marcado contraste, Jesús nos dice que Dios no sabe nada de esta locura. Somos nosotros los que, en nuestro pensamiento delirante, nos desterramos de la verdad. La salvación radica en el hecho feliz de que como somos los responsables, somos los que podemos deshacer el error a través del poder de la mente para elegir, que es contra lo que el ego siempre lucha. Al negar no solo este poder sino el hecho de que incluso tenemos una mente, el ego aparentemente se ha asegurado de que nunca la podamos cambiar, preservando así su existencia. En respuesta, Jesús nos enseña que, de hecho, tenemos una mente y que ella ha elegido el pecado, sin elegir a nadie ni a ninguna otra cosa. Porque ha elegido lo que no existe, podemos en consecuencia redirigir el poder de decisión de la mente para elegir la totalidad de lo verdadero en lugar de la nada de la ilusión.

(I.2: 1) En Dios estás en tu hogar, soñando con el exilio, pero siendo perfectamente capaz de despertar a la realidad. Esta encantadora línea expresa la feliz verdad de que nuestro exilio del Reino es solo un sueño. En verdad nosotros estamos despiertos en Dios y nunca hemos abandonado nuestro hogar en Él – el familiar y reconfortante principio de Expiación.

(I.2: 2) ¿Deseas realmente hacerlo? Como siempre, Jesús nos pide que decidamos por la Expiación, recordando que la separación nunca sucedió. Él ha venido a pedirnos que elijamos despertar del sueño a la realidad, dejando el dolor del infierno por la alegría de regresar al Cielo, nuestro verdadero hogar.

(I.2: 3-6) Reconoces por experiencia propia que lo que ves en sueños lo consideras real mientras duermes. Mas en el instante en que te despiertas te das cuenta de que todo lo que parecía ocurrir en el sueño

en realidad no había ocurrido. Esto no te parece extraño, si bien todas las leyes de aquello a lo que despiertas fueron violadas mientras dormías. ¿No será que simplemente pasaste de un sueño a otro sin haber despertado realmente?

Todos conocemos la experiencia de tener un sueño que parece real hasta

que despertemos de él. Esta idea regresa en el Capítulo 18 (T-18.II), donde

Jesús traza el paralelo entre nuestros sueños dormidos y nuestra experiencia

en el mundo, que también es un sueño. Simplemente vamos desde un aspecto del sueño de separación del ego a otro; en uno nuestros ojos están

cerrados, en el otro están abiertos. Independientemente de la forma, el

sueño sigue siendo un sueño, porque el contenido de la ilusión sigue siendo

el mismo a pesar de las obvias diferencias perceptivas.

En nuestros sueños mientras dormimos, las leyes del mundo del tiempo y el

espacio se violan continuamente, y no nos resulta extraño cuando nos despertamos porque sabemos que fue un sueño. No será diferente cuando

nosotros despertemos del sueño de la separación y recordemos que no pasó

nada. El proceso del perdón nos ayuda a reconocer la naturaleza ilusoria del

mundo, no solo del cosmos sino también de nuestra vida personal.

Esta es la

razón por la que necesitamos un maestro que nos indique que nuestras

percepciones son realmente percepciones erróneas, basadas en el cumplimiento de necesidades especiales que no tienen nada que ver con la

verdad de nuestro Ser no-separable.

(I.3: 2-7; II.3: 1-2) No recuerdas estar despierto. Cuando oyes al Espíritu Santo tal vez te sientes mejor porque entonces te parece que es

posible amar, pero todavía no recuerdas que una vez fue así. Mas cuando lo recuerdes, sabrás que puede volver a ser así de nuevo. Lo

que es posible no se ha logrado todavía. Sin embargo, lo que una vez fue, aún es, si es que es eterno. Cuando recuerdes, sabrás que lo que recuerdas es eterno, y, por lo tanto, que se encuentra aquí ahora. ... Recordar es simplemente restituir en tu mente lo que ya se encuentra allí. Tú no eres el autor de aquello que recuerdas, sino que sencillamente vuelves a aceptar lo que ya se encuentra allí, pero había sido rechazado.

Esto recuerda a la enseñanza de Platón de que la verdadera educación es

recordar (anamnesis). Recordamos lo que ya está presente en nosotros, el

recuerdo de Dios y nuestra Identidad como Cristo. El significado de recordar en el Curso es deshacer el olvido. Esto refleja la frase poética que

viene mucho más tarde en la sinfonía, refiriéndose a nuestro error de tomar

la diminuta y alocada idea de la separación en serio, olvidando "reírnos de

ella" (T-27.VIII.6:2). Tal recuerdo es la esencia del perdón, que deshace la

disociación del ego. Nos separamos del Amor de Dios, y luego olvidamos

ese Amor e incluso que nos separamos de él. Al volver sobre los pasos que

nos llevaron cada vez más profundamente hacia la locura, nos damos cuenta

de que, como mentes tomadoras de decisiones, nosotros somos los que

hicimos esto y luego usamos el cuerpo para preservar nuestra amnesia. Sin

embargo, podemos elegir recordar al decidir no ver a alguien como separado de nosotros, los pequeños pasos del perdón que se nos pide que

demos (L-pl.193.13:7). Estos nos llevan suavemente del pseudo-presente de

las relaciones especiales del ego al instante santo del Espíritu Santo, la ventana que se abre a la eternidad y al hogar que nunca abandonamos.

(II.5: 5-6; III.1: 1) Y si tu realidad es la de Dios, cuando atacas no te

estás acordando de Él. Esto no se debe a que Él se haya marchado, sino a que tú estás eligiendo conscientemente no recordarlo. ... No has atacado a Dios y ciertamente lo amas. Este es el principio de Expiación: no destruimos a Dios, ni cambiamos Su Amor por una venganza llena de odio. Simplemente creímos que lo hicimos. Estas son las felices noticias de Jesús, y todo lo que nos queda es que nosotros podemos elegir contra las sombras fragmentarias de especialismo en las que creemos que recreamos la elección por la separación, renunciando al amor y olvidando recordar el Amor que nos creó y que somos. Mirar dentro. Cuando comprendamos que nosotros fabricamos todo el sistema de pensamiento de separación del ego, habremos seguido la sugerencia de Jesús de mirar nuestro mundo externo como una forma de ayudarnos a ver lo que está sucediendo adentro – la decisión de la mente por la culpa. Mirar hacia afuera para mirar dentro, refleja uno de los temas principales de nuestra sinfonía del perdón, y lo veremos aún más claramente enunciado en el Capítulo 11. En el contexto de nuestra elección de no recordar a Dios, Jesús declara: (II.6: 1) Si te dices cuenta de los estragos que esto le ocasiona a tu paz mental no podrías tomar una decisión tan descabellada. Tenemos que darnos cuenta de las dolorosas consecuencias de la decisión de la mente de separarse de nuestra Fuente. El ego no nos deja hacer esto, pero sí nos permite ver el dolor en el mundo externo de los cuerpos. Sin embargo, a pesar de darnos cuenta de la fuente del sufrimiento, no creemos

que esto sea algo inventado porque las causas mundanas parecen ser muy palpablemente reales y más allá de toda duda. Cuando un avión se estrella, el dolor físico y psicológico parece muy real; cuando nos despertamos por la mañana y nos damos cuenta de nuestras necesidades corporales, también nos parecen reales. Si bien no se nos pide que neguemos ninguna de estas percepciones o experiencias, se nos pide que las veamos de manera diferente. Nos damos cuenta de que solo parecen reales porque el mundo es un sueño y estamos dormidos, no es diferente de cuando dormimos por la noche y nuestros sueños parecen representar eventos reales y dolorosos (o placenteros). Con el amor de Jesús como nuestra guía, llegamos al punto de reconocer la verdad, no solo intelectual-mente, al mirar dentro. El proceso consiste en pedirle que nos ayude a mirar hacia afuera, para que podamos aprender que los placeres y dolores de nuestras relaciones especiales no son intrínsecos a ellas en absoluto. Las emociones positivas y negativas no tienen nada que ver con los cuerpos, los cuales no son más que herramientas en el plan del ego para mantener nuestra atención enraizada en el exterior en lugar de en el interior, para mantenernos sin mente en lugar de con una mente plena. De hecho, el mundo es un gran dispositivo de distracción o cortina de humo, y este es el punto de Jesús aquí y en otros lugares.

(II.6: 2-4) La tomas únicamente porque todavía crees que puede proporcionarte algo que deseas. De esto se deduce, por consiguiente, que lo que quieres no es paz mental sino otra cosa, pero no te has

detenido a considerar lo que esa otra cosa puede ser. Aun así, el resultado lógico de tu decisión es perfectamente evidente, sólo con que lo observes.

Creemos que nuestra elección de separar a Dios de nosotros mismos nos

trae lo que queremos: los ídolos del especialismo que adoramos, la identidad individual que creemos que somos. Por eso seguimos eligiendo

contra Él y contra el Espíritu Santo, contra el perdón y contra este curso.

Deseamos mantener nuestro yo individual y especial, a pesar de que el resultado de esta decisión es un caos total – el infierno del dolor, el sufrimiento y la muerte, ocasionalmente interrumpido por ilusiones de felicidad, placer y paz. La condición de la ausencia de mente nos impide

comprender lo que realmente estamos eligiendo, porque elegir de nuevo

significa que primero miremos la elección equivocada de la mente y reconozcamos sus terribles consecuencias. Al yuxtaponer a estas con las

recompensas de felicidad que Jesús nos ofrece, la decisión por la cordura y

la paz no puede sino ser lo siguiente que hagamos.

(II.6: 5-6) Al decidir contra tu realidad, has decidido mantenerte alerta contra Dios y Su Reino. Y es este estado de alerta lo que hace que tengas miedo de recordarle.

Nuestro temor de recordar a Dios es la causa de nuestro estado de alerta –

corregido por la tercera lección del Espíritu Santo, mantente alerta sólo en

favor de Dios y de Su Reino (T-6.V-C) – que es en defensa del ego; más específicamente, es en defensa del yo separado, nuestra línea de fondo.

Jesús quiere que entendamos la estrategia del ego de hacernos olvidar que

somos una mente, identificándonos en cambio con el cuerpo sin mente.

Dentro del sueño, los cuerpos se hacen cosas terribles entre sí y con ellos

mismos. Todos estamos asustados y Jesús nos dice al principio del texto que "los que tienen miedo pueden ser crueles" (T-3.I.4:2). Algunos esconden su crueldad mejor que otros, pero todos necesitamos mirar nuestra crueldad y entender su causa en la decisión de la mente de olvidar quiénes somos. Esto no es un pecado que deba ser castigado, sino un error que necesita una suave corrección. Mirar con Jesús significa mirar a través de sus ojos sin prejuicios al ego, en nosotros y en otros, deshaciendo a través del perdón la culpa que es la fuente de todo miedo.

(III.5: 1) Examina con calma la conclusión lógica del sistema de pensamiento del ego y determina si lo que te ofrece es realmente lo que tú deseas, pues eso es lo que te ofrece.

El sistema de pensamiento del ego ofrece lo que discutimos en el párrafo que leímos anteriormente en este capítulo sobre "un dios enfermo, autocreado, auto-suficiente, sumamente perverso y extremadamente vulnerable" (T-10.III.4:7). Jesús pregunta si este es el ídolo que adoraríamos, diciéndonos: "Mira honesta-mente con los ojos abiertos y dime si todavía quieres identificarte con esta pequeña caricatura de quién eres realmente.

¿Es tu elección identificarte con un cuerpo con tantas necesidades físicas y psicológicas que nunca será feliz hasta que se cumplan sus demandas, canibalizando a todos y a todo lo que necesita para su supervivencia?

¿Mira cuidadosamente y dime si esto es lo que quieres ser en lugar de Cristo?" A pesar de esta claridad en la enseñanza de Jesús, es difícil dejar ir al yo especial, porque dejarlo ir se hace todavía más difícil ya que no somos conscientes de la inversión de la mente en perpetuar la despiadada parodia

del ego, que en realidad es una ilusoria parodia de nuestro Ser.
(III.5: 2-3) Para obtenerlo estás dispuesto a atacar a la Divinidad de tus hermanos y así perder de vista la tuya. Y estás dispuesto a mantenerla oculta para proteger un ídolo que crees que te salvará de los peligros que él representa, pero que no existen.
El sistema de pensamiento del ego se basa en la premisa de que Dios nos destruirá por nuestro pecado, aunque todo esto es inventado. No somos conscientes de la naturaleza ilusoria del pecado porque nos identificamos completamente con el cuerpo, la defensa del ego contra el peligro. No sabemos que el ego está enraizado en un pensamiento que proviene de la decisión de la mente en favor de la nada. Esta decisión entre la nada y el todo no es realmente una decisión, pero si pensamos que la nada es el todo, y que el todo es la nada, pensaremos que hemos hecho una elección racional y razonable. Necesitamos que nos enseñen que nuestra decisión fue realmente la opuesta. Debemos ver las consecuencias de esta decisión loca, lo que significa mirar con Jesús a la crueldad del mundo y a nuestro odio por los demás, incluso cuando pensamos que estamos siendo amorosos y atentos con ellos. Debemos mirar suavemente los ídolos de culpa y miedo del ego, levantando así los velos de especialismo que los mantenían ocultos, y que a su vez mantenían a la Divinidad de Cristo fuera de nuestra conciencia.
(IV.5: 7) Lo que has inventado es tan indigno de ti que lo repudiarías... Debemos mirar cómo mimamos nuestro ser físico y psicológico, buscando hacer que el cuerpo sea atractivo. A pesar de lo que parecen ser nuestros esfuerzos, solo son defensas contra la creencia de que somos "la morada del

mal, de las tinieblas y del pecado" (L-pl.93.1:1). Sin embargo, en algún lugar dentro de nosotros está el recuerdo de Quiénes somos como el glorioso Hijo de Dios: espíritu puro, tan resplandeciente en la luz del Amor

como lo está nuestro Creador. Esta es la Imagen que hemos elegido para atacar, disociar y ocultar, y en su lugar hemos construido este yo indigno.

Por cierto, Jesús difiere de los Gnósticos en que él no odia el cuerpo ilusorio como ellos lo hicieron, a pesar de que creían que no fue creado por

Dios. ¿Cómo puedes odiar a la nada? Odiamos el cuerpo, por otro lado, porque nos recuerda nuestro pecado, y Jesús enseña que nuestra blasfemia

no fue más que un error tonto, no pecaminoso, y quiere que veamos cuánto

nosotros hemos apreciado a este ser. Podemos ver por qué, entonces, el

mundo tuvo problemas con él hace dos mil años, y ahora nuevamente con

su curso. Él es el símbolo de nuestro ser de mentalidad-correcta, en cuya

radiante presencia, nuestra adoración por el lamentable ídolo del ego desaparece.

Para repetir:

(IV.5: 7) Lo que has inventado es tan indigno de ti que lo repudiarías sólo con que estuvieses dispuesto a verlo tal como es.

Pero el ego no quiere que "lo veamos tal como es". Por lo tanto, para que no

podamos ver el pensamiento de la mente, nos convierte en un cuerpo, culpando a otros cuerpos por lo que está mal con este. Sin embargo, lo que

está realmente mal es simplemente la decisión de la mente de atacar a Dios

y experimentar la culpa por una decisión que nosotros luego olvidamos que

tomamos. En el folleto de Psicoterapia, Jesús habla de este ser corporal que

imita la deformidad de la culpa; sin embargo, una deformidad que en

realidad no es nada: "La enfermedad no es más que la sombra de la culpa, grotesca y fea, puesto que imita la deformidad. Si una deformidad se ve como real, ¿cómo podría su sombra no ser deforme?" (P-2.IV.2:6-7) No hay razón para sentirse culpable, porque no pasó nada. Pero no sabremos que no pasó nada si no miramos dentro de la mente y vemos la brillante verdad de la Expiación que pacientemente espera nuestra aceptación. (IV.5: 8-10) En este caso no verías nada en absoluto. Y tu visión automáticamente se dirigiría más allá de ello hacia lo que se encuentra en ti y a tu alrededor. La realidad no puede salvar las obstrucciones que pones ante ella, más te envolverá completamente cuando las abandones. La realidad no puede salvar nuestras defensas, ni Jesús tampoco. De hecho, nos dice que no podemos salvar las defensas de otras personas, lo que significa no atacarlos con la verdad del Curso. Nosotros necesitamos aceptar su miedo porque también es el nuestro, y comprender que es la base de todos los pensamientos de odio y comportamiento. El miedo proviene de la fe en que pecamos contra Dios, y al mirar a los demás con amabilidad y misericordia, reflejamos la misma amabilidad y misericordia dentro de nosotros mismos. El amor no puede salvar estas obstrucciones. Más bien, el reflejar la realidad, como lo hace este curso, nos enseña a elegir contra nuestras defensas y a simplemente abandonarlas, y así, la visión reemplaza al juicio. Esta, entonces, es una forma sutil de Jesús de apelar al poder de la mente para elegir mirar lo que hemos hecho, lo que nos permite perdonarlo y mirar más allá de nuestra culpa hacia la verdad. El perdón refleja la Unidad del Cielo, la cual no se puede expresar directamente aquí. La no-dualidad y la dualidad son mutuamente

excluyentes, pero el recuerdo de la Unidad de Quienes somos como Cristo,
como uno dentro de nosotros mismos y con nuestra Fuente, se refleja en el
sueño al no ver el interés de otro como separado del nuestro. Los ojos del
cuerpo todavía ven cuerpos separados, pero la mente ya no percibe la separación como significativa, reconociendo que más allá de las diferencias
obvias que existen aquí compartimos la misma locura del ego: la creencia
de que, como un solo Hijo, blasfemamos contra Dios al hacer que otros dioses tomen Su lugar. También compartimos la misma culpa, así como la
necesidad de escapar de ella a través del perdón. Solo por el reconocimiento
de nuestra unidad reflejada en el mundo sabremos que juntos compartimos
el glorioso Ser de Cristo. Para concluir la discusión de este décimo movimiento de nuestra sinfonía, miramos algunos pasajes que tratan con
esta Unidad y su reflejo del perdón, la expresión no-exclusiva en el sueño
de la naturaleza todo-inclusiva del amor del Cielo.
El reflejo de la unidad: el perdón.
(III 2: 2-3) Recuerda que no importa en qué parte de la Filiación se le acepte, Él siempre es aceptado por todos, y cuando tu mente lo recibe, Su recuerdo despierta en toda la Filiación.
Esto se debe a que nuestras mentes son una. Jesús nos dirá: "Las mentes
están unidas; los cuerpos no" (T-18.VI.3:1). Los cuerpos no se unen porque
no se pueden unir, ya que han sido fabricados para expresar en la forma el
pensamiento de separación de la mente. Este no es un curso sobre como
unirse con otros en el nivel de los cuerpos, ya que las relaciones son solo de
la mente. De hecho, la mente es todo lo que hay. Los cuerpos que parecen

reales son meras proyecciones alucinatorias que ocultan el hecho de que las ideas no abandonan su fuente – el pensamiento de separación nunca ha abandonado la mente; la proyección sigue siendo una vana fantasía. Si bien Jesús habla a menudo en Un Curso de Milagros acerca de unirse, no quiere decir literalmente unirse con otra persona, sino más bien aceptar que ya estamos unidos entre nosotros. Aquí aparece otro tema importante: la aceptación. Aceptamos la unidad de la mente dividida, porque el Hijo de Dios es uno – en la verdad y en la ilusión. Esta aceptación se expresa en nuestra experiencia de relaciones aquí, que siempre comienzan como algo especial. De hecho, todas las relaciones en este mundo son especiales porque se perciben como existentes entre dos personas separadas con necesidades separadas. A veces las personas pueden identificar que sus necesidades son iguales, pero aún son diferentes de las de los demás. Las naciones también hacen esto, por supuesto, cuando ellos desarrollan alianzas y coaliciones, identificando sus necesidades comunes al unirse contra un enemigo compartido. Sin embargo, esta unión conlleva la bendición del ego, ya que siguen siendo grupos divisivos y dispares uniéndose entre sí para oponerse a otros grupos, percibidos como diferentes de los suyos. Yo reflejo la unidad de la Filiación en mi vida cotidiana al darme cuenta de que tú y yo compartimos la misma mente dividida. Acepto que somos uno en la locura de un sistema de pensamiento que dice que somos unos idólatras blasfemos que merecemos ser castigados por nuestro pecado, y en la cordura que dice todo esto nunca sucedió. Al aceptar mis intereses

compartidos con otros, comparto la cordura con todos, y este feliz recuerdo de nuestra unidad reverbera en la mente del Hijo de Dios, despertando a todos de los sueños separadores de diferenciación y especialismo. (III 2: 4) Sana a tus hermanos aceptando simplemente a Dios por ellos. Esta declaración define la curación, la cual no tiene nada que ver con lo que hago contigo como persona. Acepto a Dios por ti al aceptar Su Amor en mi mente, el significado de aceptar la Expiación para mí mismo. Como la separación de Dios nunca sucedió, la brecha que percibía erróneamente entre tú y yo nunca sucedió tampoco: no tenemos intereses diferentes, sino una necesidad y un objetivo común. Al entender esto, retiro las proyecciones de separación – pecado y culpa – que he depositado en ti, y tú eres curado. Este tú no es el que experimentas como ti mismo, ya que no es tu cuerpo o personalidad lo que necesita curación, ni nuestra relación, sino mi relación con Dios que ahora está curada por el Espíritu Santo. El separarme de la Expiación en mi mente, elegir contra su verdad y por el ego, era la enfermedad que el perdón a curado, restaurando mi conciencia de la mente única de la Filiación. Esta conciencia cura nuestra creencia común en la separación. (III 2: 5) Vuestras mentes no están separadas, y Dios tiene solamente un canal para sanar porque sólo tiene un Hijo. Siempre que creemos que una relación externa tiene que ser curada, hemos seguido los dictados del ego, anteponiendo otros dioses a nuestro Creador. El dios de la curación del ego cura las relaciones entre las personas, pero si Dios tiene un Hijo, ¿qué tiene que ser curado? Solo la mente que cree en la

separación, porque cuando se cura, recuerda la unidad de la Filiación. Jesús nos dice que solo se requiere un maestro para salvar al mundo (M-12.1:1), la mente única en cada fragmento aparente del Hijo único. Cuando esa mente se cura en el instante santo eligiendo recordar en lugar de olvidar, reconoce a la Filiación como una. Este reconocimiento solo es curativo. Lo hacemos por otros al enseñarles que pueden hacer la misma elección por la unidad que nosotros hicimos, como ellos lo hacen por nosotros cuando nos olvidamos. De esta manera nos demostramos el uno al otro el poder de la mente para tomar decisiones de mentalidad-correcta en lugar de decisiones de mentalidad-errada. Esto finalmente conduce a la mentalidad-Uno que es nuestro Ser.

(III 2: 6-7) El único Nexo de Comunicación que le queda a Dios con Sus hijos los une a todos ellos entre sí, y a todos ellos con Él. Ser consciente de esto es sanarlos, ya que es la conciencia de que ninguno de ellos está separado y, por ende, ninguno está enfermo. Este tema central florece en el Capítulo 28, donde Jesús nos pide que no nos unamos al sueño de enfermedad de otro, sino que recordemos que lo que hay que curar es la mente que creyó que pecó al elegir contra Dios, blasfemando Su Nombre y erigiendo otros ídolos para que tomen Su lugar. Para reafirmar el asunto, el problema no es el sueño o sus diversas figuras oníricas de especialismo, sino el soñador mismo. Todo lo que debemos hacer, por lo tanto, es elegir los sueños felices del Espíritu Santo de perdón e intereses compartidos en lugar de las pesadillas de separación y juicio del

ego. Este cambio en la mente del soñador no es más que un paso corto y rápido hacia el despertar del sueño por completo.

En las siguientes declaraciones veremos la importancia de este tema de la unidad, porque Jesús prácti-camente se repite a sí mismo, enfatizando a sus

alumnos la necesidad de recordar esta simple verdad de la Filiación: (III.10: 1-2) Si Dios no tiene más que un solo Hijo, no puede haber más que un solo Dios. Tú compartes la realidad con Él porque la realidad no está dividida.

¿Qué tiene que ser curado? Ciertamente no la separación que parece externa, porque eso la haría real. Si creemos que la separación entre nosotros y otro debe ser curada, decimos que había algo allí en primer lugar.

El problema permanece solo en nuestro pensamiento equivocado acerca de

la separación de Dios, el pecado aparentemente blasfemo. Lo que hay que

curar es solo la decisión de la mente de creer la mentira del ego, lo que

ocurre al negar el Nexo de Comunicación que nos restaura a la verdad de la

Filiación indivisa, inseparable de su Fuente.

(IV.3: 1-3) No se puede percibir a la Filiación como parcialmente enferma porque percibirla de esa manera es no percibirla en absoluto. Si la Filiación es una, es una desde cualquier punto de vista. La unidad no puede ser dividida.

El mundo y sus relaciones especiales descansan en el pensamiento de que la

unidad se ha dividido, y nosotros como individuos separados somos el efecto de ese ataque. La Expiación – el perdón y el milagro – expresan el

principio de que, dado que la unidad no puede ser dividida, no sucedió nada

que requiera curación. Esto significa que las personas no están realmente

enfermas a menos que los perceptores las vean de esa manera. La enfermedad es solo la creencia de la mente en la división, mientras que la

curación deshace estas falsas creencias al afirmar que la ilusión no tiene efecto sobre la verdad de la realidad no fragmentada del Hijo. (III.7: 3) Todo Hijo de Dios, no obstante, tiene el poder de negar lo ilusorio en cualquier parte del Reino simplemente negándolo completamente en sí mismo. Esto reafirma lo que ya hemos visto. La manera en que negamos las ilusiones en el Reino, o en lo que parece ser el mundo exterior, es negarlas en nosotros mismos. En consecuencia, si realmente queremos ser instrumentos de paz en el mundo, primero necesitamos que nuestras mentes sean sanadas, y luego, hagamos lo que hagamos aquí, vendrá del amor y la unidad, no de la división, el odio y el especialismo. "Todo Hijo de Dios, no obstante, tiene el poder de negar lo ilusorio en cualquier parte del Reino simplemente negándolo completamente en sí mismo". Este tema regresa en muchas formas diferentes en nuestra sinfonía: la curación nunca se dirige a lo externo – las sombras no necesitan ser cambiadas – solo la mente que cree en la realidad del sueño de sombras requiere curación. (III.7: 4) Yo puedo curarte porque te conozco. De esta manera Jesús nos cura: "Te conozco como uno conmigo y con la Filiación, no como algo separado". Su visión es curación porque no ve diferencia entre él y la Filiación, excepto en el mundo del tiempo y el tiempo no existe realmente (T-1.II.4:1). Su perfecto amor, infinita paciencia y completa falta de juicio deshacen suavemente el sistema de pensamiento de separación y diferenciación del ego. (III.7: 5-6) Conozco tu valía por ti, y esta valía es lo que te hace íntegro. Una mente íntegra no es idólatra ni sabe de leyes conflictivas. Aquí nuevamente hay una declaración que nos dice que Dios, una Mente

íntegra, no sabe sobre el mundo o sus leyes conflictivas nacidas de una separación que nunca sucedió. Él solo se conoce a Sí Mismo. Si Él conociera cualquier otra cosa que no sea la Unidad perfecta, la dualidad sería real. Esto sería una blasfemia, no contra Dios sino contra nuestra realidad como el único Hijo de Dios, nuestra verdadera valía. Nuevamente, sanar significa regresar nuestras mentes al pensamiento de integridad que representa el Espíritu Santo. Reforzamos este pensamiento recordando la unidad de la Filiación, y que las relaciones especiales son sólo fragmentos distorsionados de ese Todo. El especialismo idólatra es indigno de honor y adoración, pero merecedor de corrección. Sin embargo, estos pensamientos enfermos no se corregirán si no los reconocemos primero como el problema. Esta es la importancia de mirar. Primero miramos hacia afuera, y luego a través de las enseñanzas del amor de Jesús traemos hacia adentro lo que habíamos percibido afuera. Al comprender que la proyección da lugar a la percepción, nos damos cuenta de que los ataques que percibimos en el mundo son simplemente proyecciones de la separación que hicimos real en nuestras mentes. Como los delirios de conflicto no son reales, no pueden cambiar la mente íntegra que es el Ser.

(III.7: 7-8) Te curaré simplemente porque sólo tengo un mensaje, y ese mensaje es verdad. Tu fe en él te hará íntegro cuando tengas fe en mí. El perdón de los pecados no tiene nada que ver con lo externo, a pesar del mensaje bíblico. El verdadero perdón consiste en mirar el "pecado" de la mente y en reconocerlo como un simple error. Sin embargo, no es solo el error de otro, ni solo el nuestro, porque el error es uno. Todos los autoconceptos de víctima y victimario nacen del mismo error de que la diferenciación dentro de la Filiación es real, y todos necesitamos un milagro

para deshacerlo. Tener fe en Jesús significa tener fe en su principio unificador de perdón que corrige la percepción equivocada de diferencias

significativas entre los Hijos de Dios.

Estos pasajes finales de "El fin de la enfermedad" son una forma encantadora de llegar a la conclusión de todo lo que hemos discutido en este

capítulo, específicamente sobre cómo se deshacen los ídolos de la enfermedad a través del milagro de perdón que no excluye a nadie y abraza

a todos:

(IV.7: 1) Un milagro es un acto de un Hijo de Dios que ha abandonado a todos los dioses falsos y exhorta a sus hermanos a que hagan lo mismo.

El milagro logra esto al observar las expresiones en la forma del falso dios

de separación del ego, reconociendo así la naturaleza ilusoria de las relaciones especiales. Recordemos esta línea citada anteriormente sobre el

milagro: "Simplemente contempla la devastación, y le recuerda a la mente

que lo que ve es falso" (L-pII.13.1:3). El milagro no hace nada, ya que es

solo un cambio en los maestros de la mente, el cual nos instruye en que lo

que hemos visto como real en el mundo es una percepción errónea.

Puede

ser devastador – después de todo, este es un mundo devastado, el efecto de

una creencia devastadora – pero sigue siendo un sueño, la proyección de un

pensamiento que nunca ocurrió en realidad. Reconociendo esta feliz verdad

y no dejando que lo que sucede en nuestro mundo personal o en el mundo

en general perturben nuestra paz, la conseguiremos para todos. El daño se

ve como una decisión en la mente, al igual que la ayuda, la cual no tiene

nada que ver con el cerebro o con los cuerpos, o con lo que parece suceder a nuestro alrededor. El hecho mismo de que podamos ser pacíficos en este mundo sin paz, les dice a otros que sus mentes pueden tomar la misma decisión por la paz que nosotros tomamos.

(IV.7: 2-4) Es un acto de fe porque es el reconocimiento de que su hermano puede hacerlo también. Es un llamamiento al Espíritu Santo en su mente, que se refuerza mediante la unión. Puesto que el obrador de milagros ha oído la Voz de Dios, la refuerza en sus hermanos enfermos al debilitar su creencia en la enfermedad, que él no comparte.

Esto no tiene nada que ver con el comportamiento o con la forma – no nos negamos a llevar a alguien a un médico, por ejemplo – sino únicamente con el contenido. Recuerda, unirnos no es algo que hacemos; es aceptar que ya estamos unidos en la mente. Al elegir contra nuestra creencia equivocada en el sistema de pensamiento de separación del ego, no compartimos su sueño de enfermedad, debilitando así el sistema de creencias de los demás. Dado que las mentes son una, las opciones son las mismas para todos nosotros: elegir el ídolo de la enfermedad o el Dios de la curación. Nuestra decisión por el milagro, poniendo la fe en Jesús y no en el ego, actúa como un modelo para los demás, para que decidan también en contra de este dios loco y perdonen un error que nunca sucedió.

(IV.7: 5-6) El poder de una mente puede irradiar hasta otra porque todas las lámparas de Dios fueron encendidas por la misma chispa, la cual está en todas partes y es eterna.

Como veremos en el próximo párrafo, Jesús se refiere a la chispa de los Grandes Rayos que hay en todos. Es importante tener en cuenta que los Grandes Rayos en el curso, no tienen el mismo significado que en otros

sistemas metafísicos, sino que es la luz no-material y trans-perceptual de

Cristo que brilla en todos nosotros como el Ser. Cuando nos quedamos dormidos, llevamos con nosotros al sueño una chispa de esta luz, el Principio de Expiación, al mismo tiempo que abrazamos la chispa de oscuridad del ego (si podemos hablar de esta manera). Esto significa que

todos compartimos la oscura culpa del ego, así como la chispa de los Grandes Rayos que deshace el pensamiento tenebroso de la separación:

(IV.8: 1-3) En muchos lo único que queda es la chispa, pues los Grandes

Rayos están velados. Aun así, Dios ha mantenido viva la chispa de manera que los Rayos nunca puedan olvidarse completamente. Sólo con que veas la pequeña chispa podrás conocer la luz mayor, pues los Rayos están ahí aunque sin ser vistos.

No es que Dios literalmente haga esto, por supuesto. Nuestro sueño de separación contiene esta chispa de verdad como un recuerdo en la "Persona" del Espíritu Santo. La vemos al reconocerla en otros, porque en

verdad hay una chispa. Ver la chispa en ellos y no en nosotros mismos es

amor especial; verla en nosotros mismos y no en otros es odio especial.

Para ser sincero, la chispa debe verse en ambas partes como una sola, porque los Grandes Rayos están unificados ¿Cómo puede estar presente el

Amor de Dios en algunos, pero no en otros? Como lo enseña la Lección 127, "No hay otro amor que el de Dios":

... El amor es uno. No tiene partes separadas ni grados; no hay diferentes clases de amor ni tampoco diferentes niveles; en él no hay divergencias ni distinciones. Es igual a sí mismo, sin ningún cambio en ninguna parte de él. Ninguna persona o circunstancia puede hacer que cambie. Es el Corazón de Dios y también el de Su Hijo. (Wpl.127.1: 3-7).

(IV.8: 4) Al percibir la chispa sanas, mas al conocer la luz creas.

Este es el importante tema de la yuxtaposición de la percepción y el conocimiento. La percepción es una ilusión; el conocimiento, verdad. Recordamos la luz de Cristo que está en todos al percibir primero su chispa

en nosotros y en los demás. Esta es la esencia del perdón y el significado del milagro. Nos damos cuenta de que todos estamos igualmente locos, porque no hay grados de locura y no hay una jerarquía de enfermedades, incluso cuando manifestamos la locura y la enfermedad de manera diferente. Reconocer que este hecho lleno de luz sana, es lo que nos permite conocer nuevamente nuestro poder de crear.

(IV.8: 5) En el proceso de retornar, no obstante, la pequeña chispa debe reconocerse primero, pues la separación fue el descenso desde la grandeza a la pequeñez. Jesús nos suplica que no saltemos pasos. No podemos saltar a la luz del Cielo porque el miedo es demasiado grande, así que damos los pequeños pasos de curación al observar cada relación especial hasta que generalicemos nuestro perdón para abrazar a todos los hermanos como uno solo. Como dice el libro de ejercicios de estos pasos intermedios: "Necesitamos ver un poco para poder aprender mucho" (L-pl.161.4:8). El hacer lo contrario, para reafirmar el punto aquí, reforzaría nuestro miedo a la grandeza. Sin embargo, el reflejar la grandeza de Cristo a través de Su visión de intereses compartidos nos permite despertar suave-mente de los grandiosos sueños del ego, que cree en su propia creencia en la pequeñez.

(IV.8: 6) La chispa, no obstante, sigue siendo tan pura como la luz mayor porque es lo que queda de la llamada de la creación. Dentro del sueño de la pequeñez parece que la luz se ha fragmentado, ya que aparece como una pequeña chispa y tenemos la ilusión de pequeñas luces que necesitan ser perdonadas. Sin embargo, no hay pequeñas chispas

en la Gran Luz porque es una. A medida que nuestras mentes se curan de su creencia en la separación y las diferencias, nos damos cuenta de que la chispa es la luz, porque un hermano es todos los hermanos, y todos los hermanos son el único Cristo. Así cada fragmento aparentemente separado del Hijo de Dios nos llama a recordar la Llamada de los clarines de Dios para que Su Hijo cree tal como Él lo creó.

(IV.8: 7) Deposita toda tu fe en ella y Dios Mismo te contestará. Para decir esto una vez más, ponemos nuestra fe (el poder de la mente para elegir) en el dios de enfermedad del ego o en la verdad del Espíritu Santo.

Cuando el perdón es nuestra única opción, al haber dado los pequeños pasos de llevar nuestras locas relaciones al amor de Jesús, finalmente escucharemos el Llamado de Dios y nos daremos cuenta de que el mundo es un sueño, como lo es nuestro yo separado. La pequeña caricatura que hicimos de nosotros mismos desaparecerá, ya que recordaremos que nuestras creencias enfermas no tuvieron ningún efecto sobre Quiénes somos realmente. La Respuesta de Dios a todos los problemas, entonces, no es sino nuestro Ser.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.